

CLÍNICA

Y Análisis Grupal



Si amanece ; nos Vamos.

Revista de Psicoterapia, Psicoanálisis y Grupo

Nº 98 Enero / Junio 2007. Vol. 29 (1)

DOSSIER: El grupo intrapsíquico, interpersonal e intercultural

Grupos freudianos
Juan Campos¹ y Hanne Campos²

Resumen

Este trabajo constituye un anticipo del tercer capítulo de “Método Grupal de Análisis” libro aún inédito. Foulkes dice que “el grupoanálisis no es hijo del psicoanálisis”, y que esto es sólo históricamente verdad. De hecho es un enfoque más comprensivo que debería o podría incluir al psicoanálisis individual. Este capítulo trata del contexto grupal de Freud a partir del cual desarrolló su teoría, práctica y organización del psicoanálisis.

Freudian groups

This paper constitutes an advance of the third chapter of “The Group Method of Analysis” still unpublished. Foulkes said that “group analysis is not the child of psychoanalysis”; this is only historically true. It is, in fact, a more comprehensive approach which does or should comprise individual psychoanalysis. This chapter is about Freud’s group context from which his theory, practice and organization of psychoanalysis developed.

Groupes freudiens

Cet article constitue une avance du troisième chapitre de “Méthode Groupal d’Analyse” encore inédit. Foulkes averti que “le groupe analyse nest pas fis de la psychanalyse”; cette affirmation est vrai seulement dun point de vue historique. En fait, c’est un centre plus compréhensif qui doit ou pourrait indure á la psychanalyse individuelle. Ce chapitre exprime le contexte grupal de Freud á partir duquel il développe la théorie et organisation de la psychanalyse.

Palabras clave: Historia del psicoanálisis. Grupo análisis.

Key words: History of psychoanalysis. Group analysis.

Mots clés: Histoire de la psychanalyse. Group analyse.

¹ Doctor en Medicina. Psiquiatra, Psicoanalista y Grupoanalista. Miembro de Honor del Institute of The Group Analytic Society (London). Ex-presidente de SEGPA.

² Doctora en Sociología. Psicóloga Clínica, Psicoanalista, Grupoanalista. Miembro del Institute of Group Analysis.

GRUPOS FREUDIANOS

Juan Campos y Hanne Campos³

A modo de introducción

Antes de convertirse en disciplina clínica, el psicoanálisis —*Psychische Behandlung* o “cura hablada”— nace en un grupo de laboratorio, el del Profesor Brücke en Viena y surge del diálogo por correspondencia y congresos periódicos entre dos de sus miembros más jóvenes, Freud y Fliess. Este origen grupal del psicoanálisis fue hasta hoy poco tenido en cuenta. A partir de 1902, alrededor de Freud se reúne un pequeño grupo de médicos con el ánimo de aprender, practicar y difundir su psicoanálisis. Este grupo era de carácter local —*Psychologische Mittwoch-Gesellschaft bei Prof. Freud*— y no pasará a denominarse Sociedad Psicoanalítica de Viena hasta que, atraídos por la lectura de las obras de Freud, lleguen visitantes del extranjero quienes a su vez constituyen grupos freudianos y sociedades psicoanalíticas en sus lugares de origen. El movimiento psicoanalítico, iniciado en Viena por Freud, encontrará eco durante la primera década del pasado siglo fundamentalmente en Europa. De aquí que iniciamos la revisión del desarrollo del grupoanálisis dedicando el segundo capítulo a los grupos que le dieron origen, los grupos freudianos.



En tres ocasiones de su vida Freud da un detallado relato de lo que, según él, ha sido el desarrollo del psicoanálisis. La primera es con sus cinco conferencias en la *Clark University* (1909); la segunda, con “La Historia del Movimiento” (1914), escrita a razón de sus diferencias con Jung y con el propósito de deshacerse de éste; y, finalmente, con una serie de trabajos históricos y artículos para enciclopedias entre 1922 y 1926. Estos últimos coinciden con el punto de giro del psicoanálisis que supone la segunda tópica y, a nivel personal, el diagnóstico de cáncer y sus secuelas. En ninguno de estos relatos Freud reconoce la importancia que en este desarrollo hayan podido tener los grupos de origen, de pertenencia y de referencia de los que él ha formado parte. Una y otra vez insiste que su descubrimiento se había dado en condiciones de absoluto aislamiento — a lo que él

refiere como su década de “*splendid isolation*”. La verdad es que en dicho empeño nunca anduvo sólo. Siempre contó con un amigo íntimo, con un colega o con un grupo de colegas con quienes compartir sus experiencias y discutir sus ideas. Primero fue su mentor y patrocinador Josef Breuer a quien da debido reconocimiento. En cambio, a su amigo y coetáneo Wilhelm Fliess y al pequeño círculo de seguidores de capital importancia en la historia del movimiento psicoanalítico, Freud los sitúa en aquel período. Silencia el papel jugado por Fliess desde 1895 hasta 1902, la importancia del grupo de sus primeros seguidores en Viena desde 1902 hasta 1906 y la existencia de un grupo secreto—el Comité de los Siete Anillos—destinado a regir los destinos de la comunidad psicoanalítica desde 1912 hasta su disolución al incorporarse en 1927 abiertamente al comité directivo de la Asociación Psicoanalítica Internacional. Se entiende que de este último grupo no se hable por razones políticas, pero ¿qué le impedirá a Freud reconocer la existencia de Fliess o la importancia del grupo de Viena? A nuestro entender aquí lo que incide es la represión.

³ Publicado en “*Clínica t Análisis Grupal*” N° 98 Enero-Junio 2007 Vol.29 (1) Encabezando el Dossier: “El grupo intrapsíquico, interpersonal e intercultural” pp. 009-044.

Comentando su experiencia en la Clark University, Freud decía que en Europa se sentía aislado bajo los efectos de un anatema y, en cambio, allí se sintió acogido como un igual entre aquellos a quienes él más consideraba y respetaba. Al subir a la cátedra de la Universidad de Worcester sintió que “...el psicoanálisis dejaba de ser, pues, un ente de razón, y se convertía en una valiosa realidad”. En aquel momento aquel “distinguido auditorio” ocupaba el lugar de su Yo-Ideal, lugar muy semejante, por cierto, al que años atrás supuso para él el Laboratorio de Fisiología de Brücke. Casi con las mismas palabras dice de éste: “Por fin... [allí, en el Laboratorio] encontré sosiego y satisfacción —y también hombres a los cuales respetar y tomar como modelos; el mismo gran Brücke y sus ayudantes Sigmund Exner y Ernst von Fleischl-Marxow.”

En la segunda de sus conferencias de Worcester, recurre a un símil para ilustrar vivamente el hecho de la represión: “Suponed que en esta sala y entre el público que me escucha, cuyo ejemplar silencio y atención nunca elogiaré bastante, se encontrara un individuo que se condujese perturbadoramente y que con sus risas, exclamaciones y movimientos distrajesen mi atención del desempeño de mi cometido hasta el punto de verme obligado a manifestar que me era imposible continuar así mi conferencia. Al oírme, se pusieron en pie varios espectadores, y después de una breve lucha arrojan de la sala al perturbador, el cual queda, de este modo, expulsado o «reprimido», pudiendo yo reanudar mi discurso. Es más, para que la perturbación no se repita en caso de que el expulsado intente volver a penetrar aquí, varios de los señores que han ejecutado mis deseos quedan montando una guardia junto a la puerta y se constituyen así en una «resistencia» subsiguiente a la «represión» llevada a cabo. Si denominamos lo «consciente» a esta sala y lo «inconsciente» a lo que tras de sus puertas queda, tendréis una imagen bastante precisa del proceso de la represión.”⁴

Según Freud (1914)⁵, la teoría de la represión, piedra angular de todo su método analítico, está basada en hechos de observación y no en especulaciones teóricas. Éste es el principal criterio para diferenciar su posición de las sostenidas por Jung y Adler. Así de explícito lo deja en «La Historia del Movimiento»: “Puede, por tanto, decirse que la teoría psicoanalítica es una tentativa de hacer comprensible dos hechos, la transferencia y la resistencia, que surgen de un modo singular e inesperado al intentar referir los síntomas patológicos de un neurótico a sus fuentes en la vida del mismo. Toda investigación que reconozca estos dos hechos y los tome como punto de partida de su labor podrá ser denominada psicoanálisis aún cuando llegue a resultados distintos de los míos. Más quienes ataquen otras facetas del problema y rechacen las dos premisas indicadas no escaparán al reproche de usurpación de la propiedad con un intento de plagio si persisten en tildarse psicoanalíticos.” (El subrayado es nuestro)

1. Resistencias institucionales

El grupoanálisis no pretende llamarse psicoanálisis ni tampoco limitarse a referir los síntomas sólo a las fuentes en la vida del individuo, pero aún así la represión sigue siendo la piedra angular del análisis. Trigant Burrow y S. H. Foulkes fueron siempre muy cuidadosos en no tildar sus métodos como psicoanalíticos. En los grupos la resistencia a hacer consciente lo que es inconsciente y la transferencia a repetir en el aquí y ahora de la situación grupal lo que pertenece al entonces y allá de un grupo, una comunidad cultural o la humanidad entera, se manifiestan de otro modo. Según Foulkes, de quien tomamos el concepto de inconsciente social, lo reprimido en el grupo es aquello que no puede ser dicho⁶. Esto es verdad y aplica a situaciones analíticas programadas con fines terapéuticos, o de investigación en el típico grupo grupo-analítico pequeño descrito por Foulkes, o bien en los grupos mediano o grande conceptualizados más tarde por Pat de Maré. Al traspolar este concepto a la comprensión grupal de la vida misma, tal como ha sido contada o está

⁴ Ballesteros II, p. 1542.

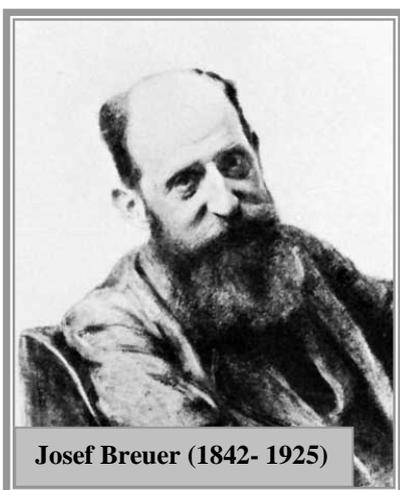
⁵ Ballesteros III, p.1900 “El Movimiento...”

⁶ Artículo de Malcolm Pines

siendo vivida, resulta que la represión se pone de manifiesto en aquello que es minimizado, denegado u olvidado, incluso cuando lo sea deliberadamente y provocado por razones políticas.

Resulta curioso a la vez que premonitor el símil utilizado por Freud en Worcester para explicar la represión. En éste, Freud, portavoz de lo inconsciente reprimido, pasa a convertirse en agente represor de quienes perturben lo que viene diciendo. En otras palabras, su interpretación del inconsciente personal le convierte en represor del inconsciente social, en esta ocasión de un grupo científico concreto y, en otras, como «resistencias al psicoanálisis» de la humanidad entera.⁷ Naturalmente que Freud, al recurrir a este símil, no se apercibe del autoritarismo de su posición, hecho que vale destacar ya que sería el tomar conciencia de esta posición del psicoanalista que le llevará a Trigant Burrow a adoptar un método grupal de análisis. Este es un caso particular de resistencias inconscientes al análisis que el grupoanálisis pone de manifiesto y que nosotros hemos denominado resistencia institucional.⁸

En cada uno de esos relatos, Freud tiene bien en cuenta tanto el público al que se dirige como sus propósitos en aquel momento. Independiente de las circunstancias en su técnica expositiva,



Josef Breuer (1842- 1925)

Freud diferencia siempre el desarrollo interno del psicoanálisis —el de su teoría y técnica— de lo que él llama sus destinos externos — el de su implantación en distintas culturas y su aplicación a otras disciplinas. En algunas ocasiones pondrá más énfasis en el desarrollo y la evolución de sus ideas y publicaciones mientras que en otras lo pondrá en las personas y grupos de personas que se adhieren o se oponen a las mismas. Unas veces el inicio del psicoanálisis lo relaciona con el abandono de la hipnosis y la publicación de sus «Estudios sobre la Histeria» con Breuer (1895) y su definitiva separación de éste en 1896: “Durante más de diez años, contados a partir de mi separación con Breuer, no tuve ni un solo partidario, hallándome totalmente aislado. En Viena se me evitaba y en el extranjero no se tenía noticia alguna de mí.” En otras ocasiones lo hará coincidir más bien con la publicación del libro de

los sueños (1900) o con la repercusión social en términos de personas que lo hayan leído y estén dispuestas a convertirse en sus seguidores. No renuncia nunca al principio enunciado en 1923⁹ de que la historia del psicoanálisis ha de comenzar por la descripción de las influencias que precedieron a su génesis y de que no se deben pasar por alto tiempos y estados anteriores a su creación. Se mantiene siempre fiel al mismo y nunca olvida a Breuer, por grandes que fueran después sus desavenencias. En Worcester (1909) llega al extremo de atribuirle la paternidad del psicoanálisis. Ni siquiera a sus archi-enemigos Wilhelm Stekel, Alfred Adler o Carl Jung, a quienes va dirigida su «Historia del Movimiento» (1914), les niega la existencia. Al único al que se la niega es a Fliess.

⁷ En 1925 su “Autorretrato” irá complementado aquel mismo año por su trabajo “Resistencias al Psicoanálisis”.

⁸ Juan Campos, en el Symposium Europeo de Grupo Análisis de 1981 en Roma con su “Training to resist, learning not to change: The greatest disappointment of Freud in analysis” inició la línea de pensamiento que nos ha llevado a formular el concepto de “resistencias institucionales” del psicoanálisis freudiano.

⁹ S. Freud (1923): “Esquema del Psicoanálisis”. Este trabajo aparece en traducción inglesa de Brill como “Psychoanalysis: Exploring the hidden recesses of the mind”, en *These eventful years: the twentieth century in the making as told by many of its makers*, Vol. II Cap. LXXIII, pp. 511-523, (London y New York: Encyclopaedia Britannica Publishing Co.). El original alemán, “Kurzer Abriss der Psychoanalyse”, escrito en 1923, no aparecerá hasta 1918 en las *Gesammelte Schriften* 11, pp. 183-200.

2. Fliess, el “único público” de Freud

Freud siempre considera «La Interpretación de los Sueños» (1899) como el más importante de sus trabajos. “*Insights como éste tan sólo se tienen una vez en la vida*”, escribe en el prólogo de la tercera edición, y en «La Historia...» (1914) se lee: “La interpretación de los sueños fue para mí un consuelo y un apoyo en aquellos primeros años difíciles, en los que, habiendo de dominar simultáneamente la técnica, la clínica y la terapia de las neurosis, me hallaba totalmente aislado... Mi propio análisis, cuya necesidad se me hizo pronto evidente, lo llevé a cabo con auxilio de una serie de sueños propios, que me condujeron a través de todos los acontecimientos de mis años infantiles, y aún hoy en día mantengo la opinión de que, tratándose de un hombre de sueños frecuentes y no demasiado anormal, puede bastar esta clase de análisis.” (1914, Ballesteros II, p.1903)

Su propio análisis, sin embargo, en el período al que se refiere, no lo llevó sólo con el auxilio de sus sueños sino también con el de contárselos a Fliess, razón por la cual muchos de sus biógrafos le otorgan a éste la función de analista de Freud. Está claro que si de las asociaciones libres —base técnica del método individual de análisis— surge la interpretación de los sueños, ésta a su vez da lugar a su famoso autoanálisis del cual Freud da cuenta a Fliess a partir del 3 de octubre de 1897.

Fliess fue el oído amigo, el confidente y único testigo a lo largo de todo este proceso. La publicación del libro de los sueños en cierta manera es hacer público lo privado de su inconsciente. A pesar de la transparencia de Freud como analizante y analizado puesta de manifiesto en aquel libro, no cuenta en él todo lo que de sí mismo había descubierto. Era el propio Fliess quien, además de haber sido médico personal de Freud y corrector de pruebas en la redacción del libro, le tuvo que persuadir a abstenerse de publicar uno de sus sueños —el famoso ‘sueño perdido’, el único completamente analizado por Freud, un sueño clave sobre el que ha corrido mucha tinta. De todas formas su candor es algo que impresiona. Si Freud pudo llevar a término el penoso viaje interior que en este libro relata, es gracias a que le acompañara su colega y amigo. Pese a esto se siente sumido en “el más profundo aislamiento” como transpira en el siguiente pensamiento: “Este destino me lo representaba de la siguiente forma: El positivo resultado terapéutico del nuevo procedimiento me permitiría subsistir, pero la ciencia no tendría durante mi vida noticia alguna de mí. Algunos decenios después de mi muerte tropezaría, inevitablemente, otro investigador con aquellas cosas rechazadas ahora por inactuales, conseguiría su reconocimiento y haría honrar mi nombre como el de un precursor necesariamente desgraciado.¹⁰ Entre tanto —Robinson en mi isla desierta— me las arreglé lo más cómodamente posible. Ahora, cuando desde la confusión y barullo del presente vuelvo la vista hacia aquellos años solitarios, se me aparecen éstos como una bella época heroica. Mi *splendid isolation* de entonces presentaba sus ventajas y sus encantos. No tenía que leer obligatoriamente nada ni escuchar a adversarios mal informados; no me hallaba sometido a influencia alguna ni sabía nada que me forzase a apresurar mi labor. Así, «La Interpretación de los Sueños» terminada en mi pensamiento a principios de 1896, no fue trasladada a las cuartillas hasta el verano de 1899” (1914, Historia... Ballesteros III, p. 1904). Esto fue cierto en tanto en cuanto que Fliess se abstuvo de hacer crítica alguna a los escritos de Freud. En el momento que lo hizo, veremos, se rompió el encantamiento y acabó la *mutual admiration society* basada en un diálogo de besugos.

La vida de Freud fue bien distinta a lo que él imaginaba ser su destino. Un destino como aquel quedará reservado a discípulos suyos como Trigant Burrow, quienes no se contentaron con interpretar este aislamiento como “resistencias al psicoanálisis” (Freud 1925) sino que se atrevieron incluso a investigar éstas objetivamente. Esta observación es, entre otras, la que nos ha estimulado a

¹⁰ Este pensamiento nos recuerda el argumento central de la conferencia de Foulkes “Psychology and Sociology”. Las notas para esta conferencia “How can Sociology and Psychology meet?” a finales de los años 40 se encuentran en versión bilingüe en la carpeta de Bibliografía de este trabajo.

investigar las así llamadas “resistencias al psicoanálisis” como fenómeno de grupo.¹¹ Fueron estos discípulos, como agentes perturbadores del “ejemplar silencio y atención” con los que se le escuchaba a Freud, quienes serían arrojados del “auditorium psicoanalítico” y condenados para siempre al ostracismo.

Dos años después del «Esquema...» (1923), Freud en su Autobiografía (1925) se siente obligado a precisar la cronología de su “*splendid isolation*” de este modo: “La historia del psicoanálisis se divide, para mí, en dos períodos, prescindiendo de su prehistoria catártica. En el primero me encontraba totalmente aislado y tenía que llevar yo sólo toda la labor. Este período duró desde 1895-6 a 1906-7. En el segundo, que se extiende desde la última fecha hasta la actualidad, han ido creciendo en importancia las aportaciones de mis discípulos y colaboradores, de manera que hoy, advertido de mi próximo fin por una grave enfermedad, puedo pensar serenamente en el término de mi propio rendimiento” (Ballesteros III, 2789). De nuevo, ni mención de Fliess. La omisión aquí ya raya en lo patético.

Es más, cuando en 1938 la Princesa Marie Bonaparte se hace con las cartas que Freud había escrito a Fliess entre 1887 y 1904, rogará a ésta que las destruya. Gracias a que ella se atrevió a no ceder al deseo de su analista y maestro, los sueños de Freud han recuperado sus protagonistas. Da la



casualidad de que Fliess figura como el personaje principal en dos de los más importantes sueños de Freud: el prototípico, el sueño ejemplar de Irma y el de “non vixit”, prototípico a su vez, a nuestro entender, de las relaciones de Freud entre maestro y discípulos y con su grupo de colegas. El primero de estos sueños, a uno de nosotros (Campos, J. 1989) le inspiró como subtítulo a su ensayo “Del sueño de Irma al sueño de Mira” el de “Sueños Profesionales”. Del segundo, del “*non vixit*”, quien mejor se ha ocupado fue Max Schur (1972), el que fuera médico personal de Freud en sus últimos trece años. Este es un sueño que tiene lugar en el laboratorio de Brücke. En él, para excusarse frente a su amigo el profesor Fleischl —quien

allí aparece como un *revenant*, una aparición, y quien en la realidad estaba muerto pero que en el sueño le acusa de haber cometido una indiscreción con P.— Freud, queriendo contestar que no podía ser ya que P. no estaba vivo, comete el lapsus y dice *non vixit*, es decir que nunca vivió. No vamos a analizar aquí este sueño. Hoy, por la carta del 21 de septiembre de 1899, sabemos que Freud y Fliess eran bien conscientes de que tanto el *revenant* de P. como el de Fleischl y del profesor Brücke eran deformaciones encubridoras del resto diurno que en la vida real se referían a Fliess. En efecto, en la carta se lee: “En esta entrega hallarás lo más crucial de mis interpretaciones oníricas: los sueños absurdos. Es asombroso la frecuencia con la que tu apareces. Estoy encantado de haberte sobrevivido en el sueño del “*non vixit*”. ¿No es terrible tener que insinuar algo así, es decir declararlo francamente para todo el que sepa comprenderlo?” En el párrafo anterior de la misma le dice: “Lamento aún haberme malquistado con mi lector predilecto y más atento [...] pues ¿cómo puede gustarle a uno algo que se ve obligado a leer como corrector? Desgraciadamente, empero, no puedo prescindir de ti, el representante del «otro» [...] Y ahora un año más de esta extraña vida, en la que el propio estado de ánimo sea quizá el único valor que importa! El mío es, por cierto, inestable, pero ya ves que, como reza el escudo de armas de nuestra querida ciudad de París: ‘*Fluctuat non mergitur.*’ Curiosamente la misma divisa que utilizará en la publicación de «La

¹¹ A continuación de su Autoretrato (1925) Freud publica “Las resistencias al psicoanálisis” (1925) —Ballesteros Vol. III, pp 2801. En éste se reitera en la conocida imagen de la tres heridas narcisísticas sufridas por la Humanidad a lo largo de su desarrollo: la cosmológica de Copernico, la biológica de Darwin y la psicológica, la que el psicoanálisis le infringe. En esta ocasión brinda la simple fórmula que da pie a las resistencias: “los hombres, en tanto que raza humana, se comportan frente al psicoanálisis exactamente igual que un individuo neurótico frente al tratamiento por sus trastornos“.

Historia del Movimiento», documento utilizado por Freud para deshacerse de Jung en 1914, tal como lo estaba haciendo en aquel entonces con Fliess.

Tampoco vamos a detenernos en la hipótesis de Sulloway (1979) quien sostiene que Fliess es el eslabón perdido, o mejor dicho el eslabón oculto, entre el psicologismo de Freud y el biologismo negado que vincula a éste con el grupo de Helmholtz a través de Brücke y de Breuer. Nos limitaremos a señalar que la silenciación de la existencia de Fliess por parte de Freud no fue un olvido sino un ocultamiento deliberado e intencionado que quedó abortado al empeñarse Marie Bonaparte en publicar las cartas a Fliess rescatadas por ella en 1937. En efecto, Freud le escribe a ésta el 3 de enero de aquel año: “No quiero que ninguna de ellas [de las cartas] sea conocida por la así llamada posteridad.” E insiste una semana después: “Considerando la naturaleza muy estrecha de nuestra relación, estas cartas tratan de cualquier cosa y de todo, cuestiones fácticas o personales. Las cuestiones fácticas se refieren a las intuiciones y falsas pistas conectadas con el nacimiento del psicoanálisis [...] Por estas razones estoy muy contento de saber que este material está en sus manos” (Masson 1985).¹²

¿A qué obedece, pues, este deliberado ocultamiento? ¿Cómo se explica que después de tal candor y tanta transparencia en el libro de los sueños Freud se empeñe en ocultar la influencia de Fliess? Una explicación psicoanalítica como la de su médico Schur no nos satisface por completo: no parece que sean fundamentalmente razones “personales” las que le mueven sino, por el contrario, más bien las “fácticas” mencionadas en la carta a Marie Bonaparte. De ser así, ¿cuáles son las intuiciones y falsas pistas en el desarrollo del psicoanálisis que intenta encubrir? ¿No será que, como apunta Sulloway, este ocultamiento es preciso para evitar que se ponga de manifiesto el “Mito del Héroe” exigido por la leyenda del movimiento psicoanalítico? ¿O tan solo son precursoras y premonitorias del “cambio significativo”, aquella alteración de su propia persona a la que se refiere en la Adenda a su Autorretrato de 1935, como “una fase de desarrollo regresivo”? Dice allí: “Los hilos que en el curso de mi desarrollo se habían entrelazado han comenzado ahora a separarse: intereses adquiridos en la última parte de mi vida han retrocedido en tanto que los más originales y antiguos se han vuelto pertinentes una vez más [...] Mi interés después de un largo *détour* por las ciencias naturales, la medicina y la psicoterapia, volvió a los problemas culturales que tanto me habían fascinado largo tiempo atrás, cuando yo era un joven apenas con la edad necesaria para pensar” (Ballesteros III, p.2798-9, Adenda 1935).

Los Sueños, prescindiendo de la persona de Fliess y sin las cartas de éste resultan huérfanos de personajes, desprovistos de restos diurnos y, en fin, ininterpretables. De esta manera pierden todo valor que puedan tener para la comprensión del desarrollo de la nueva ciencia del inconsciente. Cual si se tratara de reparar este débito y haciendo una excepción, los Freud Archives anticiparon la fecha de edición de las cartas con una selección titulada «Los Orígenes del Psicoanálisis» (1954), que con este nombre, ya sea al principio ya sea al final, figurará desde entonces en toda edición de las Obras Completas de Freud.

Las explicaciones hasta aquí aducidas, tanto desde el psicoanálisis individual como desde la sociología del conocimiento, pueden ser ciertas. Todo depende del ángulo desde el que se mira un fenómeno que concierne a ambos dominios. Nosotros, sin embargo, lo examinaremos desde un tercero: el que se pone en evidencia cuando contemplamos esta situación como un fenómeno de grupo y lo enfocamos desde el inconsciente social reprimido.

Por difícil que sea decidir dónde Freud sitúa el inicio de su “*splendid isolation*” —1895-6— mucho más complicado es ubicar en la realidad el final por él elegido —1906-1907. La

¹² J. M. Masson (1985): *The Complete Letters of Sigmund Freud to Wilhelm Fliess. 1887-1904*, (Cambridge, Mass., London: The Belknap Press of Harvard University Press), Intro pp.1-13. En la carta del 5 de noviembre de 1899, Freud anuncia que el día anterior finalmente había aparecido el libro y por la anterior carta del 27 de octubre sabemos que le había mandado a Fliess uno de los dos ejemplares que el editor le había anticipado.

correspondencia de Freud con Fliess se extiende desde 1897 hasta 1904. Sabemos que, aparte de encuentros ocasionales por motivos aleatorios en Viena o Berlín, los constituyentes de esta peculiar “asociación científica por correspondencia” mantenían periódicamente “congresos presenciales” de dos o tres días. El último de éstos fue en el Tirol, en Aachensee en septiembre de 1900. Después de éste nunca más se volvieron a ver.¹³ El extrañamiento entre ambos empieza a partir de la carta del “*non vixit*” arriba mencionada. Ambos estaban por publicar sendos libros. El de Fliess se demoraría todavía un par de años. Freud se propone escribir otros varios: una teoría de la sexualidad tenía que ser el inmediato sucesor del libro de los sueños. Éste se lo envía a Fliess el 27 de octubre de 1899. En la carta siguiente del 7 de noviembre le anuncia que la primera reacción tangible a su publicación ha sido la terminación de la amistad con una querida amiga, la viuda de Paneth (sucesor de Freud en el laboratorio de Brücke) quien se sintió herida por haber mencionado a su difunto esposo, el enigmático P., en el sueño del “*non vixit*”. Freud, mal que lo niegue, teme una parecida reacción por parte de Fliess. La correspondencia, con todo, no se interrumpe. Freud publica el caso Dora y la «Psicopatología de la Vida Cotidiana» en el curso de 1901. El 7 de agosto, en una carta que Freud dijo a Marie Bonaparte era muy importante, le escribe a Fliess: “No es posible ocultar el hecho de que nos hemos ido distanciando mucho. Aquí y allá se evidencia ya el alejamiento [...] Tu capacidad de penetración ha tocado aquí a un límite; tomas partido contra mí y me enrostras algo que invalida todos mis esfuerzos: ‘El adivinador de pensamiento sólo adivina en los demás sus propios pensamientos’. Si realmente soy tal cosa, entonces te aconsejo que arrojes mi ‘Vida cotidiana’ a la papelera, sin leerla, pues está plagada de alusiones a ti: ya referencias manifiestas, para las cuales has dado el material; ya otras ocultas, cuyos motivos arrancan de ti. También has sido tu quien me suministró el epígrafe. Aparte de todo lo permanente que puede haber en su contenido, será para ti el testimonio del papel que hasta ahora has desempeñado en mi vida.”

En un último intento de reconciliación en esta misma carta Freud le anuncia que su próximo trabajo se llamará «La bisexualidad humana» diciendo: “Abordará el problema en su raíz y dirá la última palabra que me sea dado decir sobre el tema: la última y la más profunda. Por el momento sólo cuento con una cosa: con el principio fundamental que desde hace algún tiempo vengo cimentando en la idea de que la represión —mi problema central— sólo es posible merced a una reacción entre dos corrientes sexuales [...] La idea misma es tuya. Recordarás que ya hace años, cuando todavía eras rinólogo y cirujano, te dije que la solución radicaría en la sexualidad, y tu me corregiste años después, que residía en la bisexualidad. Compruebo ahora que tenías razón. Así quizás deba tomar prestadas aún otras cosas de ti; quizás mi escrupulosidad me obligue a rogarte que suscribas conmigo el trabajo, con lo que la parte anatomobiológica, bastante magra en mis manos, alcanzaría, sin duda, una conveniente expansión. Yo me pondría por objetivo el aspecto psíquico de la bisexualidad y la explicación de la faz neurótica. He aquí, pues, el proyecto inmediato para el futuro, un proyecto que, según espero, volverá a unirnos satisfactoriamente también en asuntos científicos.”

El mencionado encuentro en Aachensee no consigue arreglar nada. El problema estaba en la incapacidad de Freud para reconocer el mérito del trabajo de Fliess.¹⁴ Se excusa por ello diciendo: “Bien sé cuán frecuentemente pensé en él (tu trabajo) con orgullo y con inquietud y cómo me perturbó la incapacidad de adherirme a determinada conclusión. Tu sabes que carezco de todo talento cuantitativo y que no tengo la menor memoria para cifras y medidas; quizá sea esto lo que te dio la impresión de que no apreciaba lo que me habías comunicado. No creo, empero, que lo cualitativo, los puntos de vista surgidos de los números hayan caído en saco roto. Quizá te hayas apresurado demasiado en renunciar a mí como interlocutor. Un amigo a quien se le concede también el derecho de la contradicción y, a causa de su ignorancia, difícilmente podrá llegar a ser un rival peligroso, no carece de utilidad para quien explora senderos tan sombríos y que está

¹³ Ernest Jones (1954): *The Life and Work of Sigmund Freud*, (New York: Basic Books), Volume I, p.301.

¹⁴ Wilhelm Fliess (1902): *Über den ursächlichen Zusammenhang von Nase und Geschlechtsorgan: Zugleich ein Beitrag zur Nervenphysiologie*, (Halle a.S.: Carl Marhold)

rodeado por muy pocas personas, todas las cuales le admiran sin crítica e incondicionalmente [...] Lo único que me hirió fue otra incomprensión traducida en tu carta, cuando interpretas que mi expresión ‘pero, ¡si estás socavando todo el valor de mis trabajos!’ se refiere a mi terapia [...] yo lamentaba perder a ‘mi único público’ como dijo nuestro Nestroy. ¿Para quién he de escribir ahora? Si tan pronto como una interpretación mía te resulta incómoda te apresuras a concluir que ‘el adivinador de pensamientos’ no adivina nada en los demás sino que simplemente proyecta en ellos sus propios pensamientos, entonces realmente has dejado de ser mi público y por fuerza tendrás que considerar toda mi manera de trabajar tan inútil como los demás la consideran [...] No entiendo tu respuesta sobre el tema de la bisexualidad. Evidentemente, nos resulta muy difícil comprendernos. Yo no tenía, por cierto, otra intención sino la de desarrollar mi contribución a la teoría de la bisexualidad, exponiendo las tesis de que la represión y las neurosis, es decir la autonomía del inconsciente, se fundan en la condición previa de la bisexualidad. En el ínterin, mi referencia a tu prioridad en la «...Vida cotidiana» te habrá demostrado que no pienso exagerar mi parte en el descubrimiento de esta idea. Pero no es posible evitar alguna conexión con los aspectos biológicos y anatómicos generales de la bisexualidad y, como casi todo lo que sé procede de ti, no me queda más remedio que referirme a ti o dejar toda esta introducción en tus manos. Pero ya no siento el mínimo deseo de proceder ahora a una publicación. Entre tanto, espero que volvamos a conversar al respecto. No es posible declarar simplemente ‘que la conciencia es lo dominante y el inconsciente sexual subordinado’ sin incurrir en una grosera simplificación de las condiciones naturales, que son mucho más complejas, aunque aquel es, por supuesto, el hecho básico. Estoy trabajando ahora en un ensayo más psicológico: «Olvidar y reprimir», el que, sin embargo, me propongo reservármelo para mí mismo por un largo tiempo aún.”

3. El pequeño círculo de Viena

«Olvidar y reprimir» no se llegó a publicar nunca. Como contrapartida, Freud olvidó y reprimió que Fliess hubiera existido nunca. Hemos copiado en extenso estos párrafos porque ponen de manifiesto una dimensión de las relaciones de Freud con Fliess y el grupo de Viena cuyas fases iniciales Freud incluye dentro de su período de *splendid isolation*. La correspondencia con Fliess a partir de esta carta prácticamente se agota. En su carta de amigable despedida del 11 de marzo de 1902 le comenta que retiró su última publicación de la imprenta («Sueño e Histeria») “porque en ti había perdido recientemente al ‘público’ que me quedaba.” El público al que Freud se refiere es el de la anécdota de Nestroy, actor y autor vienés de farsas y comedias populares quien cierto día contemplando la sala por el espía del telón antes de comenzar la función, viendo tan sólo a dos personas en el patio de butacas, exclamó: “Conozco a un *público*, tiene entrada de favor. No sé si el otro público habrá pagado.” Obviamente, Freud necesitaba otro público.

En lo que queda de año y en todo 1902, la correspondencia se resume en media docena de cortas cartas de compromiso con una sola excepción, la que hace referencia al nombramiento de Freud como Profesor Extraordinario de la Universidad de Viena. En esta carta, lo que no menciona — olvida o reprime— es que a sugerencia de Stekel acaba de formarse alrededor de él en aquellas mismas fechas un grupo que sustituirá a Fliess en sus funciones de público con entrada de favor. Lo que llama la atención no es tanto que la relación entre Freud y Fliess terminara con una ruptura sino que fueran capaces de mantenerla por tanto tiempo. No cabe duda que Fliess para Freud fue el “otro”, el “amigo a quien se le concede el derecho de la contradicción y que, a causa de su ignorancia, difícilmente podrá llegar a ser un rival peligroso —si bien siempre acabará traicionándole”. Fue también ese “público suyo”, “sus *fans*”, que le aplaudiría a rabiar dijera lo que dijera. Para que Freud pudiera crear su obra necesitaba que alguien —uno o varios— sostuvieran este lugar. Esto fue posible mientras Fliess ocupaba el lugar de médico omnipotente o de sabio omnisciente en el cual Freud pudiera proyectar el ideal de sí mismo, independientemente de lo que hiciera o dijera ese otro. La dificultad empieza en el momento en que Freud coloca a Fliess en el

lugar de corrector de pruebas, de “la Censura” de sus escritos en vías de publicarse. La posición de Freud no pudo mantenerse de no ser que de alguna manera él ejerciera para Fliess una función parecida, en espejo. Quien de hecho rompe esta relación especular fue Fliess al no poder aguantar la falta de reconocimiento de su propio libro por parte de Freud. Así es como al poner por escrito, introduciendo el público como un tercero, se rompe la relación especular que hacía posible mantener lo que Freud llama después un “grupo de a dos”, al que equipara con el grupo hipnótico y el de amor heterosexual, es decir a aquel que hace asocial al individuo. A esta explicación volveremos más adelante una vez expuestas las ideas que Freud desarrolla respecto a los grupos a partir de su experiencia en ellos. Aquí nos topamos con el famoso “grupo de los miércoles” el cual, por lo menos durante los cuatro primeros años, resulta una asociación tan poco reconocida por Freud como lo fue su relación con Fliess. El papel desempeñado por éste en la vida de Freud quizás se nos clarifique aún más a medida que entendamos el lugar que este grupo ocupa en la *splendid isolation* de Freud. A este propósito resulta interesante analizar el texto donde una docena de años más tarde Freud describe los inicios de este grupo (1914): “A partir de 1902, se congregó en derredor mío un cierto número de médicos más jóvenes con el propósito manifiesto de aprehender, ejercitar y difundir el psicoanálisis. El estímulo había partido de uno de mis colegas que había experimentado en su propia persona la eficacia de la terapia analítica. Este pequeño grupo inicial acudía a mi casa determinadas noches, discutía conforme a ciertas reglas acordadas y procuraba orientarse en el nuevo campo de investigación y atraer a él el interés de otros [...] El pequeño círculo así iniciado adquirió pronto más amplitud y cambió varias veces de composición en el curso de los años siguientes. Por la riqueza y la variedad de dotes de sus miembros, podía ser comparado, sin desventaja, con el equipo de cualquier profesor clínico. Desde un principio formaron parte de él aquellas personalidades que más tarde han desempeñado en la historia del movimiento analítico papeles importantes, aunque no siempre satisfactorios. Pero en aquella época no podía prever yo un tal desarrollo. Debía darme por contento, y creo haber puesto de mi parte todo lo posible para hacer accesibles a los demás mis conocimientos y mi experiencia.”

Esto es cierto por lo menos hasta 1906, momento que coincide con la fecha final por Freud dada a la famosa “*splendid isolation*“. Había venido impartiendo cursos en la Universidad de Viena como *Privat Dozent* sin interrupción desde su vuelta de París en 1886. El hecho de ser nombrado en 1902 Profesor Extraordinario, si bien no le daba acceso al claustro universitario, le permitía utilizar el título de Herr Professor. El número de alumnos que a estas clases acudían era entre una docena y una veintena, el mismo tamaño que con el tiempo alcanzará el grupo de los miércoles. Freud era conocido como psicoterapeuta y como autor del libro sobre la Histeria con Breuer y sus frecuentes publicaciones al respecto. Sus clases estaban bien atendidas por alumnos pero carecía de discípulos. Sin embargo, el libro de los sueños —un libro teórico que nada tiene de clínico, si bien es científico— y la «Psicopatología de la Vida Cotidiana» que universaliza el análisis de los sueños y los *lapsus* freudianos a modo de juego de salón, será lo que atraiga discípulos.¹⁵ El colega que sugirió a Freud la idea de convocar este grupo era Wilhelm Stekel, quien en 1901 había salido en defensa de la «Interpretación de los Sueños» con un artículo en los periódicos. A razón de esto es como primero acudiría a Freud para que le ayudara como psicoterapeuta. El pequeño grupo original era un grupo de a cuatro: Wilhelm Stekel, Alfred Adler —al parecer el médico de familia de Freud— y dos ex-alumnos de la universidad —Max Kahane que trabajaba en un sanatorio para psiconeuróticos pero que nunca llegó a practicar el psicoanálisis y Rudolf Reitler que fue el primero en hacerlo; o de cinco si incluimos en él a Freud como conductor.

El “propósito manifiesto” de este grupo era aprender, ejercitar y difundir una práctica clínica — el psicoanálisis— que no tenía cabida en un ámbito hospitalario al que ni el propio Freud tenía acceso. No parece, sin embargo, que el propósito fuera tan sólo clínico. Los hombres reunidos en

¹⁵ Los discípulos procedían de la propia Viena. Su fama mundial no era aún suficientemente grande para atraer discípulos extranjeros. En el viaje de estudios que Trigant Burrow y un amigo hicieron a Europa al graduarse en 1909, no era todavía lo suficiente famoso como para asistir a sus lecciones. Habrá que esperar a que Freud visite América para que se interesen.

torno a Freud se interesaban por la psicología en el sentido más amplio de la palabra. De ahí que al principio el grupo se autodenomina “Sociedad Psicológica de los Miércoles”. Buscaban allí nuevas ideas, nuevos principios rectores que les ayudaran a una mayor comprensión del ser humano y las doctrinas de Freud parecían prometer dicha ayuda. Nunberg, en su Introducción a las Actas (1974), hablando de quiénes integraban este grupo y por qué se convirtieron en psicoanalistas, nos dice: “Por un lado, vemos un grupo de hombres en busca de ideas nuevas y de un líder; por otro, un hombre solitario que había realizado importantes descubrimientos y deseaba compartirlos con otros [...] El grupo era heterogéneo; se componía de médicos, educadores, escritores, etc. Para decirlo en pocas palabras, sus miembros eran una muestra representativa de la intelectualidad de comienzos del siglo pasado. Por diferentes que fueran sus personalidades y el medio del que provenían, se hallaban unidos, sin embargo, por un común descontento respecto a las condiciones prevalentes en la esfera de la psiquiatría como la de la educación y otros campos de estudio de la mente humana.”

Nunberg, sin embargo, no era de la primera hornada de psicoanalistas. Lo que cuenta lo cuenta de oídas y de acuerdo con el “mito de la época dorada de los orígenes” que se da en la fundación de todo grupo. Para cuando él se incorpora, hacía ya tiempo se había dado aquel salto cualitativo que tiene lugar en 1906 cuando el grupo incorpora por primera vez un laico, en el sentido de no-médico, al que además se le contrata en condiciones de secretario pagado. Este es un paso trascendental en el desarrollo del psicoanálisis. Es la primera vez que el factor dinero entra en las transacciones entre Freud y su público. Con esta adquisición, el grupo adopta aquel nivel de institucionalización que si bien le permite subsistir a pesar de los conflictos, supone al mismo tiempo una resistencia a su futuro desarrollo. No queda claro tampoco cuándo los miembros empiezan a pagar una cuota simbólica, pero debe ser por entonces. Como dirá Bion, el grupo en posición de dependencia empieza a escribir biblias. De una tradición oral se pasa a una historia escrita. Desde inicios del curso 1906 Otto Rank levanta actas y mantiene un libro de sesiones,¹⁶ además de servir como secretario privado a Freud. Respecto al período silenciado 1902-1906 que aquí nos interesa, no se ha investigado la documentación escrita que es posible que exista ya que, según Jones, Stekel acostumbraba reseñar para la edición dominical del *Neues Wiener Tagblatt* las discusiones semanales en casa del Profesor Freud. De ser esto cierto, implicaría que dicho grupo desde sus orígenes contaba en la ciudad de Viena con un medio tan poderoso de difusión como fuera hoy disponer de un programa de televisión. Dado el conocido estilo panfletario y batallador de Stekel como redactor, no es nada de extrañar que las reuniones en casa de Freud al mismo tiempo que motivo de escándalo se convirtieran en foco de atracción para mentalidades revolucionarias. En favor de esta hipótesis está la siguiente cita de “*Footnote to the History of the Psychoanalytical Movement*” por Helene Deutsch: “Quienes se adhirieron a Freud en aquellos tiempos, sabían que iban hacia el exilio, que tendrían que renunciar a las usuales gratificaciones de ambición profesional. Uno puede esperar, por tanto, de estos primeros discípulos que hayan sido revolucionarios del espíritu, [...] una selecta y valerosa vanguardia, una expectativa que se daba sólo en situaciones individuales. Muchos venían por un impulso intuitivo interno, otros eran impelidos por sus propias neurosis o llevados por la contrariedad o por una identificación de su propia falta de reconocimiento con la que fuera la de Freud. [...] Cada uno deseaba ser el favorito y cada uno exigía amor y preferencia por haber hecho el sacrificio del aislamiento.”¹⁷ O la cita de Ellenberger referente a Hans Bühler, miembro de uno de los grupos freudianos iniciales: “En Berlín, lo mismo que en Viena y Zürich, un grupo psicoanalítico consistía de dos círculos: uno pequeño médico que se adhería a una terminología estrictamente médica y cuyo fin era el tratamiento del neurótico; y un círculo laico mucho más amplia cuya tarea consistía en atraer la atención pública hacia las neurosis y el psicoanálisis [...] Este círculo laico era la principal fuerza impulsora del movimiento

¹⁶ *The Minutes of the Vienna Psychoanalytic Society*, eds. H. Nunberg y P. Federn, (Londres: IUP, 1974.) El original alemán apareció con el nombre de *Protokolle der Wiener Psychoanalytischen Vereinigung*. Hay traducción española de los dos primeros tomos (Buenos Aires: Nueva Visión), 1979.

¹⁷ Citado por Marie Briehtl, “*Helene Deutsch*” en F. Alexander et al (1966): *Psychoanalytical Pioneers*, (New York: Basic Books), p. 285.

psicoanalítico; sus adherentes escribían ríos de una literatura así llamada psicoanalítica. En su manera incontrolada proclamaban que el psicoanálisis ofrecía la clave de todos los problemas posibles de la humanidad, desde la curación de las neurosis individuales hasta la abolición de la guerra. De modo, que aunque atraían pacientes al tratamiento psicoanalítico, acarreaban desprestigio al movimiento.”¹⁸

El propósito manifiesto del grupo se iba cumpliendo. Pero Freud comentará años más tarde cuando se sienta obligado a imponer disciplina a su grupo: “Surgieron, sin embargo, dos circunstancias que constituían un mal presagio y que acabaron por distanciarme internamente del grupo. No conseguí, en efecto, establecer entre sus miembros aquel acuerdo que debe reinar entre hombres consagrados a una misma ardua labor, ni tampoco ahogar las disputas sobre prioridad a las que el trabajo común daba frecuente ocasión. Las dificultades particularmente grandes de la enseñanza práctica del psicoanálisis, a las cuales se deben muchas de las desavenencias actuales, no tardaron en hacerse sentir en la naciente Asociación Psicoanalítica Privada de Viena [...] Yo mismo no me atrevía a exponer una técnica aún inacabada y una teoría en constante desarrollo con la autoridad que hubiera sido necesaria para apartar a los demás de ciertos caminos equivocados, cuyo final han sido, en algunos casos, errores definitivos. La independencia del trabajador intelectual, su pronto desligamiento del maestro son siempre convenientes desde el punto de vista psicológico, pero desde el punto de vista científico solo significa una ventaja cuando el discípulo posee ciertas cualidades personales no demasiado frecuentes. El psicoanálisis hubiera necesitado, precisamente, una severa disciplina preparatoria. Pero, reconociendo el valor que suponía consagrarse a algo tan despreciado y falto de porvenir, hube de inclinarme a dejar pasar a los Miembros de la Asociación algunas cosas que en otras circunstancias me hubieran causado vivo disgusto.” (Los subrayados son nuestros).

Freud consideraba que debía darse por contento con el pequeño círculo de discípulos que se había congregado alrededor suyo y, sin embargo, no lo estaba. Creía haber puesto de su parte todo lo posible para hacer accesibles a los demás sus conocimientos y experiencia; había hecho algo más, se les había ofrecido como modelo. Las circunstancias que le alejaban internamente del grupo — falta de aquel acuerdo que debe reinar entre hombres consagrados a una misma ardua labor y disputas por prioridades— eran las mismas que le alejaban de Fliess y que abocarían en algunos casos a una ruptura definitiva. Para complicar las cosas, las dificultades en la enseñanza práctica del psicoanálisis a las que se refiere están en que éste es a la vez un procedimiento terapéutico y un método de investigación, basado fundamentalmente en la investigación de lo que es inconsciente en quienes lo investigan. Así es como con Fliess habían llegado al impás del “adivinator de pensamientos”. Lo que les había separado aparentemente fue no poder ponerse de acuerdo respecto a la relación entre el concepto biológico de sexualidad y el psicológico. El libro sobre la bisexualidad que Freud propuso escribir conjuntamente era la asignatura pendiente después de tan larga colaboración. Ésta era la contraprestación que Freud esperaba encontrar de su nuevo público, el grupo de los miércoles. Con lo que se encontraba, en cambio, era con gente ávida a identificarse con cualquier cosa que él dijera o que él de hecho hacía. De haber tenido Freud la autoridad suficiente, él piensa que no hubiera tenido problemas. La autoridad no la tenía ni desde un punto de vista fáctico, pues —por tratarse de una técnica aun inacabada y una teoría en constante desarrollo— no se sentía seguro, ni tampoco desde un punto de vista moral —habido en cuenta la fidelidad demostrada por sus discípulos y los enormes sacrificios que les suponía el haberle seguido a ciegas. La disciplina preparatoria que trajo Freud al análisis y que le daba suficiente independencia intelectual como para aventurarse a las profundidades del inconsciente se la había forjado en el laboratorio de Brücke, formación científica derivada del positivismo de la Escuela de Helmholtz, la misma a la que se habían sometido sus dos primeros colaboradores y amigos: Breuer y Fliess. Con el primero trabajaron por un tiempo en el mismo campo y sobre la misma problemática, la histeria. Con el segundo, si bien desde campos distintos, el terreno común era el

¹⁸ Henry F. Ellenberger (1970): *The Discovery of the Unconscious*, (New York: Basic Books) p. 805

mismo, la sexualidad humana. Tanto el uno como el otro, sin embargo, constituía el eslabón que le aseguraba a Freud no estarse desviando de los principios de la Escuela de Helmholtz con que comulgaba. Unos y otros se servían mutuamente de garantes de autenticidad científica. Para proseguir sus investigaciones del inconsciente Freud se vio obligado a someterse a una disciplina distinta: el autoanálisis. El problema aparecía en el momento en que se ponía a interpretar el inconsciente de su “otro” sin que éste se lo hubiera pedido. El propósito latente en Freud al acceder a constituir el grupo del miércoles era quizás conseguir un ambiente, una cultura en la que se hubieran superado las resistencias a hacer consciente lo inconsciente y con ello hacer desaparecer los pequeños vicios humanos de la competencia y el dominio de unos sobre otros. La disciplina que Freud cataloga de científica en realidad era una disciplina de grupo, respondía a una identificación con una ideología científica y el sometimiento a la autoridad de un maestro que la promueve y la sostiene.

Al llegar a este punto nos encontramos ante una encrucijada. Para entender el drama de Freud en aquellos momentos, se puede optar entre una explicación que pone su peso casi exclusivamente en determinismos personales u otra que tiene además en cuenta los determinismos socio-profesionales, igualmente inconscientes, que se desencadenan con la elección de carrera y el camino de la profesionalización. La primera vía nos llevaría a las ya tan conocidas explicaciones psicoanalíticas derivadas de la compleja constelación de relaciones objetales tempranas de Freud y su repetición en sus relaciones personales posteriores, explicación a la que, por acertada que sea, no vamos a recurrir aquí. En vez, vamos a dar preferencia a una explicación grupoanalítica centrada en su plexus profesional, es decir la red de personas y experiencias que en última instancia conforman el yo profesional del investigador y sus puntos de vista acerca del fenómeno que investiga. Optar por esta segunda vía nos lleva al siguiente paréntesis.

4. El plexus profesional de Freud

La vida profesional de Freud, como la de todo el mundo, empieza con la elección de carrera. Ésta no fue fácil. Freud era un investigador nato, un hombre de laboratorio, quien para ganarse la vida, poder casarse y establecer una familia tuvo que renunciar a su carrera académica y dedicarse a la clínica. Su vocación por la Medicina no había sido una vocación temprana. Se le reveló tan sólo en 1875 durante un viaje a Inglaterra, dos años después de haber terminado el bachillerato. Hasta entonces, por más que estuviese ya matriculado en la Facultad de Medicina de Viena, el joven Freud, cuando le preguntaban qué quería ser, respondía: *"un científico natural, un profesor o algo así..."*. Al volver de aquel viaje, cuenta su hermana Ana, le dijo a su padre que estudiaría medicina. Jakob, el padre, poco satisfecho con la decisión, le puso pegos, aduciendo que era demasiado blando de corazón para esta profesión. Pero él estaba completamente decidido, a pesar de que al principio proyectaba dedicarse únicamente a la investigación. *"Yo quiero ayudar a la gente que sufre"*, fue su respuesta. El resto de su vida Freud se pasará negando haber jamás tenido el motivo filantrópico que le atribuye su hermana. En cambio, lo que la vida del descubridor de la cura analítica transparenta es su intento de compaginar las dos motivaciones tal como confiesa a su amigo Silberstein en una carta —su vocación de investigador puro y duro, de hombre de laboratorio, y la de “hacedor de milagros” destinado a liberar de enfermedad a la humanidad entera: "El año pasado, si me hubiesen preguntado cuál era mi mayor deseo, habría contestado: un laboratorio y tiempo libre, o un barco en el océano con todos los instrumentos que necesita un científico. Ahora dudo y tal vez diría que un gran hospital y mucho dinero para aliviar algunos de los males que aquejan a nuestros cuerpos o para eliminarlos totalmente de la tierra. Si, por lo tanto, yo deseara influir sobre mucha gente y no sobre un pequeño número de lectores y científicos, entonces Inglaterra sería el país adecuado para tal propósito. Un hombre muy respetado podría, con la ayuda de la prensa y de los ricos, hacer milagros para aliviar las enfermedades físicas, en caso de que fuera suficientemente científico como para probar nuevos métodos de tratamiento. Todos estos pensamientos son aún

poco claros. Pero aquí." Quiso el destino, sin embargo, que en lo que acabara ocupándose fuera primero en enfermedades mentales y después, en consecuencia, de los aspectos más recónditos de la mente sana o enferma. De este modo, su deseo se vio desplazado desde la biología a la psicología y a intentar someter la clínica a los principios estrictos del laboratorio. Es curioso que, al igual que los pájaros van a morir al Brasil, él terminara por hacerlo a Inglaterra y fuera por lo famoso en que sus investigaciones le habían convertido por lo que le dieron asilo. En su búsqueda juvenil Freud no encuentra paz hasta entrar en el laboratorio de fisiología de Brücke. Como dice Jones, "*el adolescente Freud por fin había encontrado 'algo en qué creer' y este algo era la Ciencia en mayúscula.*" Brücke formaba parte de aquel movimiento científico en la universidad de habla alemana de tanta trascendencia que llegó a conocerse como la Escuela de Medicina de Helmholtz, un movimiento iniciado por el propio Brücke y Emile Du Bois-Reymont al que pronto se juntarían Helmholtz y Karl Ludwig. Este grupo, desde sus propios inicios, había sido concebido como una verdadera cruzada emprendida con el mismo ardor que adoptaría años después el "movimiento psicoanalítico" iniciado por Freud. Brücke y Du Bois habían hecho un juramento solemne de propagar la siguiente verdad: "Dentro del organismo no actúan fuerzas algunas que no sean las físico-químicas. Aquellos casos que por el momento no pueden ser explicados por estas fuerzas, uno tiene que encontrar un camino o modo específico de acción por medio del método físico o matemático (nuestro subrayado) o asumir la existencia de nuevas fuerzas tan dignas como las fuerzas químico-físicas inherentes a la materia, reducibles a fuerzas de atracción y repulsión."

Helmholtz era el profeta de dicho movimiento. Freud, que se perdió la ocasión de siquiera verle en un viaje que aquél hizo a Viena, lamentándose decía "Él es uno de mis ídolos". También lo era para Wilhelm Fliess quien, por residir en Berlín, se encontraba más cerca del maestro. En la relación con Freud esta vinculación común jugó un papel importante, tan así que el primer regalo que Fliess le hace a Freud fue la edición completa encuadernada en piel de las obras de Helmholtz. Así con este símbolo quedaba sellada su amistad. Quienes están familiarizados con los estudios médicos de Freud saben hasta qué punto en su desarrollo científico se vio marcado por el juramento vinculante de este grupo naturalista. Su nunca en vida publicada "*Una psicología para neurólogos*" demuestra el esfuerzo que en vano hará no sólo entonces sino toda su vida por someter sus descubrimientos psicoanalíticos a este principio. Subrayamos más arriba la alternativa matemática de su método, dado que, como veremos después, una de las razones por las que más le repugnaba el método grupal de análisis de Trigant Burrow era que éste se empeñara en hacer extensivo al psicoanálisis los principios de la relatividad de Einstein. ¿Será debido a que, por su formación, Freud nunca destacó en matemáticas? Sin embargo, la característica más destacada que se pone de manifiesto en Freud como hombre grupal durante este período, es la de una ambivalente relación con la figura de autoridad a la que adora y de la que reniega al mismo tiempo, ambivalencia que será desplazada y actuada tanto en sus aspectos positivos como negativos con su grupo de colegas. De ello hay substancial evidencia en la «*Interpretación de los Sueño*». El grupo de Brücke se convierte para Freud en el modelo ideal de lo que deba ser un grupo científico y lo toma como rasero de todos aquellos grupos de discípulos que a él se unieron.

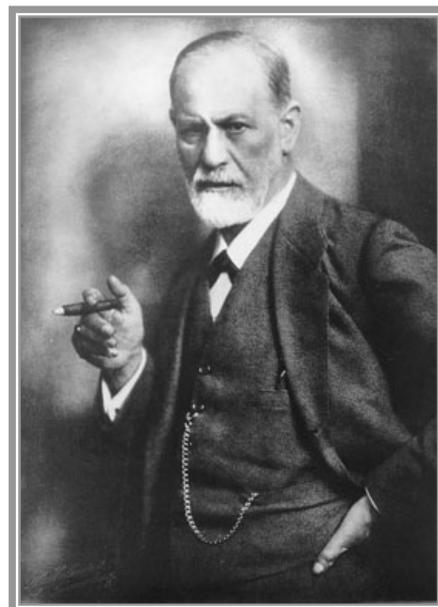
A menudo se pierde de vista, sin embargo, de que no fue con un solo grupo profesional de origen con el que se identifica Freud sino dos. Si bien es cierto que Helmholtz es su ídolo y la posición teórica de los conjurados de la Escuela de Berlín su credo, con la persona con quien realmente se identificó y de quien se convirtió en admirador incondicional fue de su maestro clínico, Charcot. Más de una vez contará la siguiente anécdota que termina con la cita de Charcot que se convertirá en el slogan de su obra: "Charcot, ciertamente, no se cansaba nunca de defender los derechos del trabajo puramente clínico, consistente en ver y ordenar, en contra de las inferencias de la medicina teórica. En una ocasión un pequeño grupo de nosotros todos alumnos provenientes del extranjero, criados al calor de la fisiología "académica" alemana, acabamos por irritar su paciencia con nuestras dudas acerca de sus novedades clínicas. "Eso no puede ser cierto, objetó uno de nosotros, pues contradice la teoría de Young-Helmholtz". Charcot no respondió como hubiera sido de esperar —"tanto peor para la teoría; los hechos clínicos tienen primacía"— sino que

pronunció una frase que nos impresionó intensamente: “*La théorie c'est bon, mais ça n'empêche pas d'exister.*”¹⁹ Parece ser que “*l'enfant provocateur*” fue el propio Freud y de ahí que le quedara tan grabada la anécdota. Por la nota a su traducción de la “*Leçons du mardi*” se sabe que la discusión estaba en que Charcot negaba que las hemi-anestias debidas a una lesión del sistema nerviosos central iban acompañadas de hemi-anopsia como sostenía Helmholtz. En esta ocasión Freud complementa “*La théorie c'est bon, mais ça n'empêche pas d'exister*” con un “*¡Si tan sólo uno supiera lo que existe!*” Si bien como maestro clínico se identifica con Charcot, la hemi-anopsia —*su ceguera parcial*, secuela de las posiciones energéticas de Helmholtz— le acompañará hasta la tumba. Este conflicto entre Freud, “*le visuel a lo Charcot*”, como jefe clínico de su equipo médico del pequeño círculo de Viena y Freud “*der Denker*”, el teorizante a lo Brücke, se reflejará en las expectativas que mantiene acerca de sus discípulos.

Quienes se acercaban en Viena a Freud llegaban desprovistos de aquella disciplina científica que a él tanto le había costado adquirir y que sólo se consigue después de muchos años de laboratorio. De lo que Freud quizá no se apercebía era que de poco le hubiera servido en la enseñanza práctica del psicoanálisis el colocarse en una posición todavía más autoritaria que aquella en que le colocaba, debido a la transferencia, el grupo originario de los miércoles. Por ejemplo, en 1906 con ocasión de su cincuenta aniversario, ese pequeño grupo le regala el famoso medallón grabado en una cara con su retrato en perfil y en el reverso un dibujo griego de Edipo contestando a la Esfinge con la leyenda “a aquél que adivinó el famoso enigma y fue el hombre más poderoso”. De aquélla manera cabía enseñar hipnosis, como había aprendido de Charcot, pero no psicoanálisis. El análisis de los propios sueños o el autoanálisis del que él se había valido para su descubrimiento del psicoanálisis, tampoco era remedio seguro. Así por lo menos confiesa a Fliess en noviembre de 1897 al poco de haberlo iniciado: “Mi autoanálisis sigue interrumpido; pero ahora sé por qué. Sólo puedo analizarme a mi mismo mediante las nociones adquiridas objetivamente (como si fuera un extraño); el autoanálisis es, en realidad, imposible, pues de lo contrario no habría neurosis.”

Interpretar el inconsciente del otro en una situación social o es una agresión o solo sirve para aumentar sus resistencias al análisis y a las teorías que de él se derivan. Difundir sus ideas desencadenaba un rechazo social que daba cohesión al grupo que comulgaba con ellas, pero de poco le servía que las refrendaran quienes el sabía lo hacían por identificación con él. Esta afirmación queda substanciada por sendas cartas enviadas a Trigant Burrow y S. H. Foulkes que citaremos después. Para entender, a su manera, la naturaleza de los vínculos que les mantenía unidos, Freud tenía que formular primero su teoría de las pulsiones y del narcisismo, cosa que no estará en condiciones de hacer hasta 1921 con su «Psicología de las masas y análisis del yo».

Así y todo sus enseñanzas del psicoanálisis al grupo de los miércoles durante aquellos primeros años obligaron a Freud a definir de una manera precisa su técnica. Así en 1903 publica «El método psicoanalítico freudiano» y en 1904 lee ante el *Doktoren Kollegium* su «Acerca de la psicoterapia». Se anima también a publicar “El Caso Dora” (1905) y rinde las dos asignaturas pendientes que le habían quedado con Fliess: «Psicopatología de la vida cotidiana» (1905) y «El chiste y sus vicisitudes en el inconsciente» (1905). Uno se puede preguntar qué función jugó el grupo de los miércoles en la producción de Freud. Es probable que el grupo le proporcionara algunos de los ejemplos y materiales para la «Psicopatología» y que empeñado en explicarles cómo llevar adelante un psicoanálisis le ayudara a formular sus trabajos



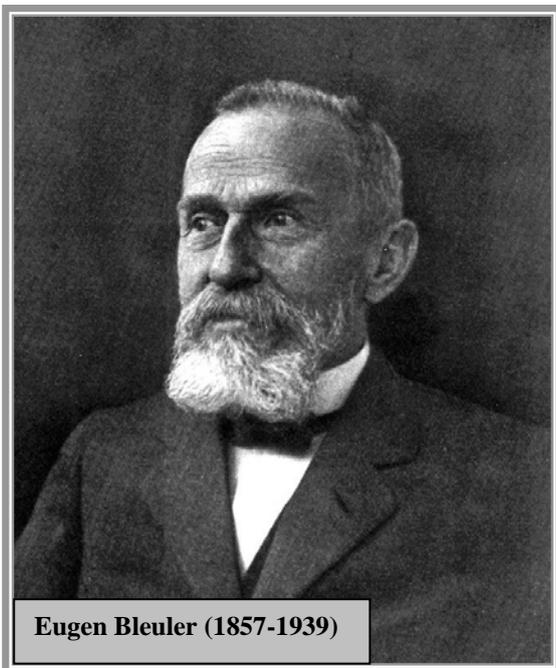
¹⁹ S. Freud (1893) “Charcot”, (nota necrológica), Ballesteros Vol. I, p.31.

técnicos. Pero, respecto a su obra fundamental sobre la sexualidad, ¿para qué le podían servir de no ser como eco a sus propios pensamientos? Esta impresión parece confirmarse con la descripción de Nunberg respecto a la manera de trabajar en el grupo: “Cuando las observaciones de un determinado orador despertaban en él un interés especial, o cuando procuraba dejar bien claros sus puntos de vista, levantaba la cabeza y miraba a un punto en el espacio con una intensidad y una concentración extremas como si viera allí algo en particular. Esta tendencia a ver lo que estaba pensando se refleja en sus escritos que contienen numerosos elementos pictóricos, aun cuando tratan conceptos altamente teóricos.”

Esta descripción complementada con la costumbre que Freud tenía al hablar en público o incluso cuando escribía, el hacerlo como si se dirigiese a un interlocutor imaginario, nos hace pensar si en sus diálogos no seguiría aún discutiendo con Fliess. De hecho, su relación con éste no termina hasta 1906 y, precisamente, por una cuestión de prioridades. Hay otro factor, sin embargo, que habitualmente no se menciona y es que Adler (1907) y Stekel (1908) por estas fechas empiezan a publicar por su cuenta.²⁰

5. El grupo de Zurich

“*Tanto para los hombres como para las ideas es peligroso arrancarlos del suelo en que se han originado y desarrollado*” advierte Freud a quienes se atrevan a embarcarse con las neurosis de las comunidades culturales. (Freud, 1931) El primer trasplante del psicoanálisis vienés tuvo lugar al borde del lago Constanza en el Burghölzli, hospital de la Universidad de Zürich —institución única en aquella época. Freud ya la conocía dado que allí había visitado a Forel, su director, camino de Nancy en 1889 y haber sido éste quien le había introducido a Bernheim. Aquel viaje para Freud sirvió para poner en tela de juicio las enseñanzas sobre la histeria que había recibido de Charcot en su viaje anterior a París y para preguntarse cuáles eran las posibilidades de la hipnosis como método terapéutico y a qué razones obedecían los cambios inducidos por éste.²¹



Eugen Bleuler (1857-1939)

Recién publicado el libro de los sueños, en 1900 el Profesor Eugen Bleuler (1857-1939) le había encargado a Carl Jung, un residente recién llegado al Burghölzli, hacer una reseña del mismo. Esta clínica, fundada en 1867, era entonces uno de los más prestigiados centros psiquiátricos no sólo en Europa sino en el mundo. Bleuler había sucedido a Auguste Forel en la dirección del centro en 1898. Había estudiado con Charcot en París, visitado Londres y Munich y formado parte del personal clínico del Burghölzli con Forel hasta 1886. Entonces fue contratado como director médico del Hospital Psiquiátrico de Rheinau, un gran manicomio repleto de viejos pacientes demenciados que era considerado como una de las instituciones más retrógradas de Suiza. Allí Bleuler se había dedicado a rehabilitar el hospital y cuidarse de los pacientes con gran generosidad. Soltero, vivía en el hospital y pasaba todo el día con sus pacientes, cuidándose de su tratamiento físico,

²⁰ Stekel, W. (1908): “*Nervöse Angstzustände und ihre Behandlung*”, Berlin y Viena. Adler, A. (1907): “*Studie über Minderwertigkeit von Organen*”, Berlin y Viena.

²¹ A este respecto es interesante releer los planteamientos que Freud se hace en su “Revisión del hipnotismo de Augusto Forel” y su “*Seelenbehandlung*”, escritos a razón de este viaje. Ver “*Psychoanalytic Pioneers*”

organizando la laboroterapia y consiguiendo un estrecho contacto emocional con cada uno de ellos. Adquirió de esta manera una comprensión única de los pacientes mentales y los más íntimos detalles de su vida psicológica. De esta experiencia iba a sacar el meollo de su futuro libro acerca de la esquizofrenia y de su manual de psiquiatría. Más tarde accede a la dirección del Burghölzli que iba atañida a la cátedra de psiquiatría de la Universidad de Zürich. Esta circunstancia le pone en una situación que le permite rodearse de un equipo de discípulos y colaboradores que le llegan de todas partes del mundo. Entre éstos se cuenta el mencionado Carl Gustav Jung, quien encabeza el laboratorio para el estudio experimental de la esquizofrenia en que estaba interesado su maestro. Hecha la reseña del libro de los sueños el mismo año de 1900, a partir de 1902 Jung se convierte en el principal propulsor de las ideas de Freud en el Burghölzli. Con sus colaboradores intentarán aplicarlas al campo de la psicosis con fines diagnósticos. A tal propósito Jung utiliza el análisis de los sueños de Freud a la vez que el método de Asociación de Palabras inspirado en Wundt con los que consigue dar sentido al contenido delirante de las psicosis y comprobar ampliamente la validez del enfoque psicoanalítico (Jung, 1905 y 1906).

El clima que reinaba en el Burghölzli se puede deducir del relato de dos de sus pioneros, uno suizo y otro americano. El primero, Alphonse Maeder, considera que: “El paciente era siempre el foco de interés. El estudiante aprendía hablar con él. El Burghölzli era a la vez una especie de fábrica donde uno trabajaba mucho y le pagaban pobremente. Cada uno, desde el profesor al más joven residente, estaba totalmente absorbido por su trabajo. La abstinencia de bebidas alcohólicas —*regla que había sido ya introducida por Forel*— era de obligado cumplimiento para todos. Bleuler era amable con todo el mundo y nunca jugaba el papel de jefe.”

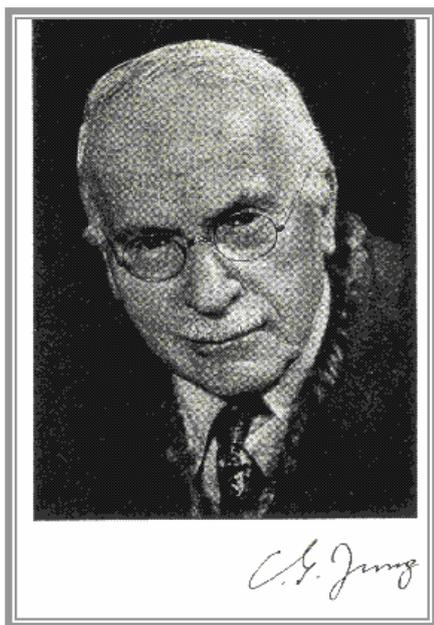
Explica Maeder que Bleuler, quien era bien capaz de cargar con la maleta al recibir a un nuevo residente o ponerse al día gracias a ellos de las últimas novedades médicas, era sin embargo extremadamente exigente consigo mismo y con su equipo clínico. Esperaba una cantidad de trabajo extenuante y una devoción a los pacientes sin límites. Los residentes debían haber terminado su primera ronda de visitas de sala para la reunión clínica de las 8:30, donde debían informar de su estado. Dos o tres veces por semana, a las 10:00 había una reunión general para la discusión de las historias clínicas de los nuevos pacientes dirigida por el mismo Bleuler. Las rondas de la tarde se extendían desde las 17:00 hasta las 19:00 horas. No había secretarías y los residentes tenían que mecanografiar sus historias, a menudo terminando a las 10 o las 11 de la noche. El hospital se cerraba a las 10 de la noche y los residentes jóvenes no tenían llave.

El entusiasmo en el Burghölzli por el psicoanálisis era tal entre los residentes y ayudantes —entre los que figuraban Ludwig Binswanger, Karl Abraham, Franz Riklin y Alphonse Maeder— que su deporte favorito era “la caza de complejos” y que medio en serio medio en broma se había implantado allí aquella costumbre de interpretarse mutuamente los sueños que, como ya mencionamos, después adoptarían a bordo del George Washington Jung, Freud y Ferenczi.

El segundo pionero, el norteamericano Brill, futuro fundador de la New York Psychoanalytical Society, que pasó un año de estudios en el Burghölzli trabajando con Jung, en la introducción que hace a la traducción del libro de éste “La Psicología de la Dementia Praecox” (1906)²², afirma lo siguiente: “En 1907, todo el mundo en el Burghölzli estaba activamente empeñado en dominar el psicoanálisis de Freud. El profesor Eugen Bleuler, su director, que fue el primer psiquiatra ortodoxo en reconocer el valor de la contribución de Freud, instaba a sus ayudantes a dominar las teorías y a utilizar las técnicas de Freud en su trabajo clínico. Capitaneados por Jung, todos los ayudantes en la clínica trabajaban en los experimentos de asociación. Diariamente por horas interminables sometían a dichas pruebas a pacientes a fin de averiguar experimentalmente si los puntos de vista de Freud eran correctos [...] Es casi imposible describir hoy como me sentí yo entonces al ser aceptado entre las filas de estos ardientes y entusiastas trabajadores. Estoy seguro que nunca hubo ni nunca habrá otro grupo de trabajadores psiquiátricos tan ardientemente dedicados como aquellos. No tan sólo se

²² Carl Gustav Jung (1906): “The Psychology of Dementia Praecox”, *Nervous and Mental Diseases Monographs*.

aplicaban los principios freudianos a los pacientes sino que el psicoanálisis parecía obsesionar a todo el mundo en la clínica.”



Resulta pues obvio que en 1907 no había en el mundo sólo un grupo psicoanalítico sino dos, destinados ambos a promover y propagar las ideas de Freud. En el primero, el de Viena, la transmisión se hacía fundamentalmente por tradición oral y contando con la misma persona que las había concebido y originado. El otro grupo es el que surge en el Burghölzli de Zürich bajo los auspicios del Profesor Bleuler a partir de los escritos de Freud, de la lectura de las publicaciones que por los caminos tradicionales de las ciencias médicas se habían propagado. La toma de conciencia de que el psicoanálisis en su período pre-institucional como foco de partida tiene dos grupos y no sólo uno, nos parece de trascendental importancia para comprender el género de dificultades a que se vería abocado una vez superada la “fase infantil” que Freud considera acabada con el establecimiento del psicoanálisis como organización a partir de la fundación de la Internacional en Nuremberg en mayo de 1910. Las características diferenciales de uno y otro grupo se ponen de manifiesto en la descripción hecha por Freud en su “Historia del

Movimiento” (1914) que vale la pena comentar. A pesar de tratarse fundamentalmente de un instrumento político dirigido a provocar la dimisión de Jung como presidente de la Internacional, Freud —tras reconocer que fue gracias a Bleuler y Jung que empezó a salir en 1907 de su década de “splendid isolation”— afirma que fue por invitación de C. G. Jung que se celebró en Salzburgo en la primavera de 1908 una reunión sobre “psicología freudiana”. De esta surge en 1909 la revista *Jahrbuch für Psychoanalytische und Psychopathologische Forschung*, editada por Bleuler y Freud y dirigida por Jung, base de una íntima labor común entre Viena y Zürich.

Contrastando con la oposición de la Psiquiatría académica en Viena y el resto de Europa, Freud dice que “en ningún otro sitio (*como en Zürich*) existía un grupo tan compacto de partidarios ni podía establecerse una clínica pública puesta al servicio del psicoanálisis o encontrarse un profesor clínico que acogiese la teoría psicoanalítica como parte integrante de la enseñanza psiquiátrica. Los zuriquenses constituyeron así un núcleo escogido dentro de la legión de combatientes por el reconocimiento del psicoanálisis. Sólo en su residencia había ocasión de aprender y practicar el nuevo arte. La mayoría de mis actuales partidarios y colaboradores han llegado a mí pasando antes por Zürich, incluso aquellos que se hallaban geográficamente más cerca de Viena que de Suiza.”²³

Uno de los colaboradores llegados de Zürich fue Karl Abraham. A él se refiere seguramente cuando a continuación dice: “Según el testimonio de un colega que siguió el desarrollo analítico en Burghölzli, puede afirmarse que el psicoanálisis despertó allí el interés desde muy temprano. En un trabajo de Jung sobre los fenómenos ocultos, publicado en 1902, se encuentra ya una primera mención de la interpretación de los sueños. Entre 1903 y 1904 ocupaba ya el psicoanálisis, según mi comunicante, un lugar principal.” Iniciadas las relaciones personales entre Viena y Zürich, se formó también en el Burghölzli, a mediados de 1907, una asociación privada (*la Asociación Freudiana de Médicos*) cuyos miembros examinaban y discutían en reuniones periódicas los problemas del psicoanálisis. Desde los primeros contactos con la escuela de Zürich, Freud se da cuenta que, en contraste con su grupo de Viena, los suizos no eran “la parte simplemente receptora, pues aportaban, a su vez, una labor científica bien respetable, cuyos resultados fueron muy útiles al

²³ Es importante recalcar este punto, pues quizás sea ésta la más importante de las razones que llevarían a Tringant Burrow a irse a formar a Europa con Jung en Zürich y no con Freud en Viena. Llevará más de una década aún antes de que en esta ciudad se establezca el Instituto de Psicoanálisis en el que se formaría S. H. Foulkes durante los años de 1928 a 1930.

psicoanálisis. Su interpretación psicoanalítica del experimento de asociación iniciado por la escuela de Wundt les permitió dar al mismo inesperadas aplicaciones, haciendo posible hallar una rápida confirmación experimental de hechos psicoanalíticos y demostrar a los principiantes circunstancias que los analistas mismos solo de oídas conocían. Fue éste el primer puente construido entre la psicología experimental y el psicoanálisis. No quiero dejar de señalar una diferencia de orientación. El experimento de asociación facilita al tratamiento psicoanalítico un previo análisis cuantitativo del caso; pero no constituye aportación alguna esencial a la técnica, y puede prescindirse perfectamente de él en la práctica del análisis.

Para Freud la asociación con la escuela de Zürich era extremadamente importante dado que, aparte de darle acceso a la psicosis y a través de ella a la psiquiatría oficial, implicaba salir del gueto judío de Viena y abrírsele el paso a toda la Cristiandad. Sin ignorar las diferencias respecto a la teoría tóxica de la esquizofrenia de Bleuler y la cuestión de los complejos de Jung, el balance que hace Freud en 1914 es muy positivo: “A partir de 1907 y en los años siguientes a la unión de las escuelas de Viena y Zürich fue adquiriendo el psicoanálisis el extraordinario incremento que hoy conserva y del que dan testimonio tanto la difusión de las publicaciones referentes al mismo y el número creciente de médicos que lo practican o quieren aprenderlo, como los numerosos ataques de que es objeto en congresos y asociaciones. Ha llegado hasta los países más lejanos, sobresaltando a los psiquiatras y despertando el interés de los hombres cultos en general y de los investigadores de otras ramas científicas.” Llama la atención tan largo panegírico ensalzando la aportación que para el psicoanálisis supuso el grupo de Zürich en un momento en que estaba ya decidido a romper con Jung. Quizá lo que intentaba Freud era que con éste no se le fueran el resto de los suizos. Vale la pena aclarar que a pesar de que la correspondencia con Bleuler había empezado ya en 1904, no será hasta el intercambio de trabajos entre Jung²⁴ y Freud²⁵ en 1906 y la correspondencia entre ambos que Freud empieza a valorar dicha asociación.

La importancia y la significación que para el grupo de Freud en Viena tiene la asociación con el grupo de Zürich no es en absoluto equivalente a lo que a éstos supone aceptar lo que les ofrece Viena. Desde el principio se establece una relación de dominancia-sumisión. Al intercambio de trabajos y de cartas iniciado entre Freud y Jung pronto seguirá el de encuentros personales.

El primero en viajar a Viena fue Max Eitingon, joven judío de 26 años de origen ruso, estudiante de medicina, que estaba haciendo prácticas como voluntario en el Burghölzli y a quien Jung tenía más bien en poca estima. Se presenta en Viena con una introducción de Bleuler y el ánimo de conocer personalmente a Freud. Se le recibe, sin embargo, con honores cual se tratara del embajador de una potencia extranjera. Ni siquiera importa que aún estuviera por licenciarse como médico. “*Yo te haré Doctor en Psicoanálisis*” le dirá Freud tras algunos paseos con él por los bosques de Viena. Eitingon lo considerará como “el primer análisis didáctico” y sin otro mérito que el de haber sido “*el primero en acercarse al solitario*”, añade Freud.²⁶ En el comentario a la sesión del 23 de enero de 1907 de la Sociedad de los Miércoles a la que Eitingon había sido invitado se lee lo siguiente: “Su presencia en la reunión fue particularmente importante ya que, en cierto sentido, marcó el comienzo de una nueva era en la historia del movimiento psicoanalítico. Eitingon fue el primer interesado en acudir directamente a Freud desde el extranjero con el propósito de aprender cuanto fuera posible sobre el psicoanálisis en sus propias fuentes, fue enviado a Viena por el

²⁴ C. G. Jung (1906): “Diagnostische Assoziations Studien. Beiträge zur experimentalen Psychopathologie”, en *Journal für Psychologie und Neurologie*.

²⁵ S. Freud (1906): “*Sammlung kleiner Schriften zur Neurosenlehre*”, Vol. I.

²⁶ Curiosamente, años después, sin mayor experiencia clínica y gracias al dinero de su hermano en Estados Unidos de América, Eitingon emigrado a Berlín, y en 1921 funda la Policlínica Psicoanalítica de Berlín, cuna de los Institutos Psicoanalíticos. Por los méritos allí adquiridos en la formación de psicoanalistas se le concedería en 1925 la Dirección de la International Training Committee y, muerto Abraham, pasaría a ocupar la Presidencia de la Asociación Internacional de Psicoanálisis.

famoso Bleuler, director del Burghölzli, hospital docente de la Universidad de Zürich, a fin de ver qué podría aprender de Freud un psiquiatra.” (Subrayado es nuestro)

Eitingon llevaba preparados los siguientes cuestionamientos acerca de la etiología y la terapia de las neurosis que formula al final de la primera sesión. Primero, ¿deben quizás tenerse en cuenta algunos factores sociales en la predisposición a la histeria? Segundo, ¿cuál es la esencia de la terapia? ¿Está dirigida o no contra el síntoma? ¿Se reemplaza el síntoma por otra cosa (según la formulación de Jung un complejo sustituye a otro) o se “extirpa” como se expresó Freud al trazar una analogía con la pintura y la escultura? ¿Cuál es el papel de la transferencia? Y, tercero, ¿en qué se convierte la histeria después del tratamiento psicoanalítico?, El grupo de Viena la segunda sesión la dedica íntegra a contestar a Eitingon. Éste, obviamente, había leído a Freud. Si dichas preguntas eran suyas o se las habían preparado en Zürich, no importa. El hecho es que tanto Freud como el grupo las contestan defensivamente como si se vieran sometidos a examen por los de Zürich. Primero, según la suerte marcada por la urna, cada uno de los miembros del grupo contesta a su manera las preguntas. Y, finalmente, Freud concluye magistralmente. Respecto a si hay que tener en cuenta factores sociales, Freud señala que la pregunta del Sr. Eitingon delata el repudio teórico de la etiología sexual de la neurosis, repudio que no siempre mantuvo la escuela de Zürich. Sobre la elección de la neurosis Freud apunta que la suposición de Jung en el sentido que las influencias tóxicas son decisivas en la declaración de la *demencia precoz*, la encuentra prematura. La meta de la terapia, dice Freud, es eliminar las resistencias. Es interesante el papel que Freud otorga aquí a la transferencia: “Sólo hay un poder que puede eliminar la resistencia: la transferencia. El paciente se siente compelido a abandonar las resistencias por amor a nosotros. Nuestras curas son curas de amor. Por consiguiente, a nosotros sólo nos resta acabar la tarea de eliminar las resistencias personales (que se oponen a la transferencia). En la medida que la transferencia existe, en esa medida podrá producirse una cura: es llamativa la analogía con las curas hipnóticas. Ocurre tan sólo que, en el psicoanálisis, el poder de la transferencia se utiliza para producir un cambio permanente en el paciente en tanto que la hipnosis no es nada más que un juego de manos —un *Kunststück*²⁷. Las vicisitudes de la transferencia determinan el éxito del tratamiento. Lo único que aún le falta a nuestro método es autoridad, el elemento de sugestión que debe agregarse desde fuera.”²⁸

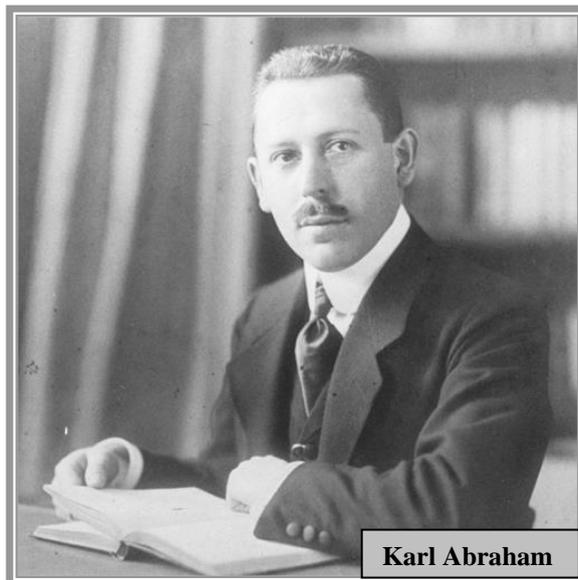
Con esta respuesta de Freud es difícil concebir cómo Eitingon a su vuelta pudiera rendir un informe favorable o que los de la Sociedad Psicológica de los Miércoles del Profesor Freud se sintieran muy halagados por el examen a que se les había sometido. Así y todo, a primeros de marzo del mismo año será el propio Jung quien visite a Freud. No lo hará, sin embargo, en solitario. Irá acompañado de su esposa y de uno de sus colaboradores, Binswanger, y lo harán como invitados de la familia Freud. En esta ocasión también Freud llevará a sus colegas a la reunión de los miércoles. Esta vez quien presenta es Adler. Se trata del tratamiento psicoanalítico de un caso de tartamudez de un joven estudiante ruso de clase adinerada. Las intervenciones de Binswanger y de Jung son mucho más discretas que no las de Eitingon la vez anterior. Jung se excusa de hacer una crítica detallada, por estar comenzando a familiarizarse con las ideas freudianas. La crítica que se hace de la doctrina de la inferioridad orgánica de Adler le parece demasiado dura. En su opinión es una idea brillante y no se justifica que la critiquemos porque carecemos de experiencia suficiente. El comentario final de Freud al caso, también breve, nos parece significativo por lo que tiene de grupal. Tras señalar la relación entre carácter anal y la obsesividad del paciente, termina diciendo: “Finalmente, cabe señalar que los contenidos de los síntomas tienen la naturaleza de un compromiso: es como si el paciente dijera ‘quiero ser bautizado pero el pene judío sigue siendo el más grande’—(en consecuencia, sigo siendo judío).” Una de las cosas que más impresionó a Jung y Binswanger en su visita a Viena es que los seguidores de Freud allí estuvieran tan poco a la altura del maestro. Es inconcebible que de este primer encuentro surgiera una transferencia positiva con Carl Gustav Jung y el grupo de los suizos, transferencia que irritó sobremanera al grupo de los

²⁷ S. Freud “Psicología de las masas”, pp. 2563-2609 re grupo hipnótico???

²⁸ Actas I, pp. 120-123.

vieneses con nefastas consecuencias. Sin embargo, no creemos que se tratara tan sólo de una maniobra política por parte de Freud sino más bien de una repetición de la situación transferencial establecida por él previamente con Wilhelm Fliess.

El primer año de la correspondencia entre Freud y Jung es de lectura fascinante. Por primera vez Freud se encuentra con un igual que es de una generación más joven pero quien, además, en psiquiatría pertenece a una escuela distinta a la suya. El mismo trabajo de zapa que había hecho Jung en el Burghölzli empieza a llevarlo a cabo a nivel de la psiquiatría oficial en Europa y eso sin necesidad de que comulgue con las ideas sexuales de Freud. Uno tras otro van cayendo los capitostes de la psiquiatría. El que más se resiste es, curiosamente, Bleuler. A Freud, gracias a Jung, se le había abierto el cielo de la psiquiatría. La política adoptada por Jung por la difusión del psicoanálisis, mal que Freud no la bendiga, está dando resultados. La idea de iniciar una revista para ello, a Jung por el momento le parece prematura — aparte de que mientras Jung piensa mayormente en psicopatología, en lo que piensa Freud es en psicoanálisis. Zürich en vez de Viena se está convirtiendo en el centro donde ir a aprender psicoanálisis. Por allí pasó Peterson, el profesor de psiquiatría de Columbia University de Nueva York y, por recomendación de éste, allí está pasando un año Brill, el americano. La labor de Jung como defensor del psicoanálisis no se limita a Suiza. La brillante defensa que de Freud hace en el congreso internacional de Amsterdam en septiembre de 1907 es abrumadora. Los más destacados profesores



alemanes, enemigos del psicoanálisis, salen derrotados. Impresionado por todo aquello, allí se le acerca a Jung un celta de Gales, un tal Dr. Jones que conoce los escritos de Freud, dice hacer trabajo analítico en Londres él mismo, y que quisiera visitar a Freud en Viena. Freud no puede creerse tamaña bonanza: “¿Estar ya siendo reconocido después de tan sólo diez años? Es que algo debe ir mal con todo esto” escribe desde Roma. “Ahora puedo volver a creer en ello”, dice Freud e insiste de nuevo en la idea de una revista. En vez de ésta, a su vuelta a Zürich Jung establece una asociación de investigaciones freudianas que titula “Sociedad freudiana de médicos” cuyo primer encuentro tiene lugar con doce miembros, entre quienes está Karl Abraham. A éste, el segundo asistente de Bleuler en el Burghölzli, Freud ya lo conocía, ya que venía manteniendo una correspondencia científica con él desde que en el mes de julio había comenzado a mandarle sus trabajos. Freud estaba entusiasmado con él por la comprensión que demostraba haber adquirido del psicoanálisis. Fue probablemente este intercambio que animaría a Abraham a trasladarse definitivamente a Berlín e instalar allí una práctica privada como psicoanalista, decisión que comunica a Freud de la siguiente manera: “Las razones de esta decisión son fáciles de explicar: En Alemania por ser judío, en Suiza por no ser suizo, en siete años no he podido ir más allá de un cargo de asistente.” Considerando las dificultades con que va a tropezar en Berlín, le pide a Freud sin ambages que le tenga en consideración caso que tenga que referir pacientes a Berlín y el poder consultarle. Freud no sólo le bendice por su decisión y le promete toda clase de ayudas sino que dice considerarlo como discípulo suyo y le invita a pasar por Viena camino de Berlín, invitación que no se podrá cumplir hasta el 15 de diciembre de 1907. El 18 de este mes será Abraham quien visite el grupo de los miércoles. Aquel día, la discusión se centra sobre traumas sexuales y educación sexual. La cuestión está si con una adecuada información pueden prevenirse aquellos. Abraham muestra una postura escéptica al respecto. Ello no ayuda a los niños predispuestos al trauma, y los demás no sufren traumas, si acaso opina que la información debiera proporcionarse a los padres que puedan suscitar traumas en sus hijos. No cree tampoco que la información dada en la escuela sea útil. La ternura de la madre, concluye, es necesaria para el hijo. Freud, rompiendo la

tradición de reservar su intervención para el final de la sesión, lo hace inmediatamente después de su invitado y lo secunda plenamente, recalcando la importancia de los trabajos publicados por Abraham al respecto.

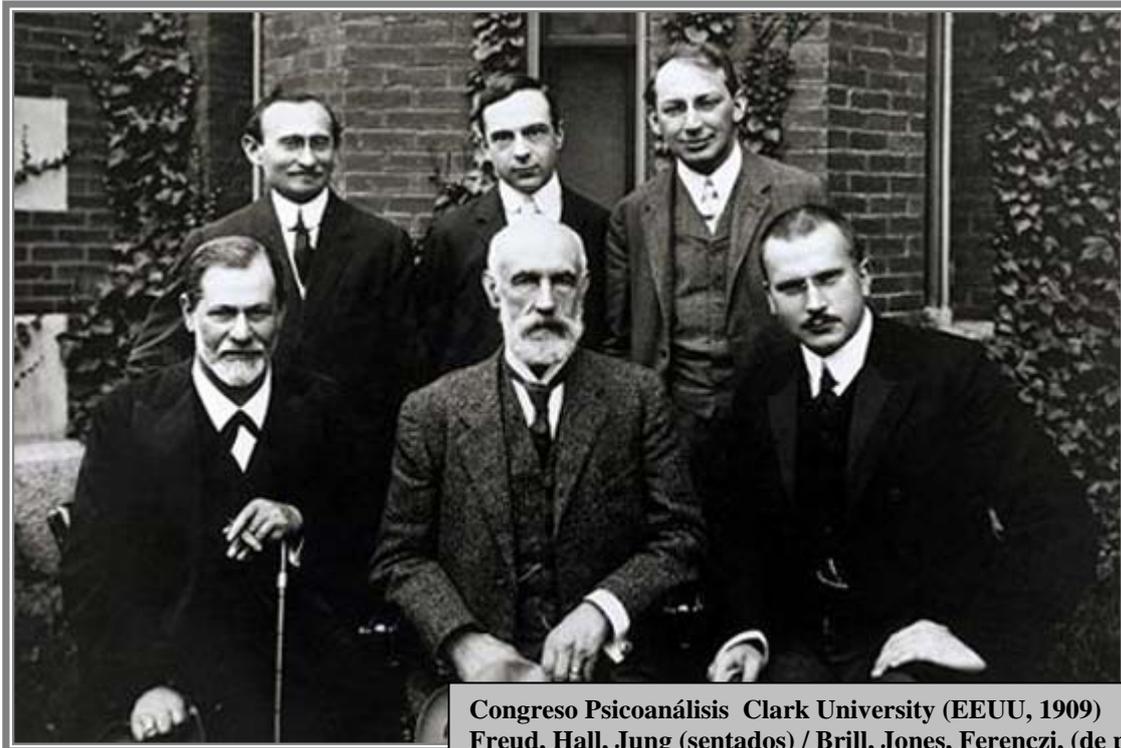
El 18 de enero de 1908, serán Sandor Ferenczi y Philippe Stein de Budapest quienes por intercesión de Jung le escriban a Freud pidiéndole una entrevista. El primero, ya un psiquiatra de experiencia, venía estudiando a Freud intensamente hacía un año y tenía intención de iniciar en Budapest un curso de psicoanálisis dirigido a médicos, ignorantes de la materia o confusos acerca de ella. A tal fin había ahorrado para pasar un año en el Burghölzli pero a Jung le parecía mejor que se dirigiera directamente a Freud. Éste le recibió de inmediato. Les ofrece una entrevista para la tarde del domingo, 2 de febrero. Esta vez, sin embargo, no ofreció a los visitantes acudir a la reunión del próximo miércoles día 5, dado que a este día correspondía una sesión administrativa relacionada con las propuestas de Adler y Federn relativas a la organización de dichas sesiones. Por el contenido de la misma veremos que las visitas de tan ilustres visitantes al grupo de Viena no habían dejado de tener sus efectos. No sabemos hasta qué punto los vieneses estaban enterados del impulso que al psicoanálisis le estaban dando los de Zürich. De lo que sí tenían conocimiento cuanto menos era de la propuesta de Jung que Freud les había transmitido en la sesión anterior de mantener en Salzburg una reunión conjunta de ambos grupos sobre psicología freudiana, sugerencia que, como de costumbre, Ernest Jones se apropiará de haberla hecho pero con el sentido de crear una asociación internacional de psicoanálisis.

La reunión del 5 de febrero implica una revolución de palacio. Si los suizos se trataban de tu a tu con Freud a pesar de diferencias teóricas, los vieneses no querían ser menos. Lo que se discute es imponer un sistema democrático. El primer término de la propuesta era la supresión la participación obligatoria de todos los miembros impuesta por la urna y su sustitución por una participación voluntaria. Se propone también formalizar el modo de presentación de los trabajos y que la admisión de nuevos miembros se haga por mayoría de votos y votación secreta. Finalmente, se propone enmendar el “*comunismo intelectual*” con el respeto a los derechos de autor y la libertad de enseñanza. Con la institucionalización de los derechos de autor el “*capitalismo cultural*” queda instalado en la reunión de los miércoles y el respeto por el libre mercado de ideas llevará a la competencia de enseñanzas. La interpretación de uno de los miembros —el músico Max Graf, cuñado de Freud y padre del *kleiner Hans*— de las propuestas de reorganización es que éstas surgen de un sentimiento de malestar: “*Ya no somos el grupo que éramos antes. Aunque todavía somos huéspedes del Profesor, estamos por constituer una sociedad.*” Por este motivo se añade otra nueva moción: trasladar a otro lugar las reuniones realizadas hasta entonces en casa de Freud. De esta manera es como los grupos de Viena y de Zürich se convierten en sociedades. La Sociedad Psicológica de los Miércoles pasa a denominarse Sociedad Psicoanalítica de Viena, si bien Freud y Jung seguirán refiriéndose a ellos como “mi grupo” y “tu grupo”.

El encuentro entre ambos grupos finalmente tiene lugar el 26 y 27 de abril de 1908 en el Hotel Bristol de Salzburgo. Se reúnen en total unas cuarenta personas que, con excepción de Jones —un galés— y de Brill —un americano, todos proceden del área lingüística germana. Jones y Brill, terminado el encuentro, serían los últimos distinguidos invitados en visitar el grupo de los miércoles el 6 de mayo de 1908. De aquel encuentro surgiría además por fin la por Freud tan deseada revista, el *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen* editado por Bleuler y Freud, y dirigido por Jung, cuyo primer número vería la luz en 1909.

El reconocimiento oficial conseguido por el psicoanálisis gracias a la aceptación por Bleuler y Jung de la Universidad de Zürich, le abrió las puertas a su vez a la universidad norteamericana. Lo prueba el hecho que en 1909, G. Stanley Hall, director de la Clark University de Worcester, Massachusetts, Estados Unidos, invita simultáneamente y en plano de paridad a Jung y a Freud a participar en la celebración del veinte aniversario de aquella universidad. A esta expedición,

invitado por Freud, se unirá Ferenczi quien aquel año acababa de dictar con gran éxito en Budapest la serie de “*Lecciones populares del psicoanálisis*” arriba mencionada.



**Congreso Psicoanálisis Clark University (EEUU, 1909)
Freud, Hall, Jung (sentados) / Brill, Jones, Ferenczi, (de pie)**

Si quisiéramos resumir con la mayor brevedad y en nuestra propia terminología la trayectoria de vinculaciones de Freud a los grupos profesionales hasta aquí mencionados, diríamos que su grupo de identificación original es el grupo de Helmholtz, personalizado en Viena por el profesor Brücke. A Joseph Breuer, su principal mentor y protector a lo largo de quince años, lo conoció en el laboratorio de Brücke donde había realizado trabajos de alto interés científico y había renunciado a ser Privat Dozent a fin de dedicarse a la medicina privada. Seguía, sin embargo, dentro del círculo de médicos científicos que gravitaban alrededor de Brücke. Fliess, un otorrinolaringólogo en práctica privada y de gran prestigio, procedía del mismo círculo pero en Berlín. Fue Breuer quien presentaría éste a Freud y le recomienda acudir a sus lecciones en uno de sus viajes a Viena. Tanto a Fliess como a Freud, cada uno extremadamente ambicioso e innovador en campos nuevos de la ciencia, aparte de la fertilización cruzada que pudiera suponer tal asociación, ésta les imponía una mutua vigilancia y una garantía respecto a su fidelidad a los principios de la Escuela de Helmholtz. Tanto la primera como la segunda de estas asociaciones son del orden de un grupo de identificación.

El grupo que se acerca a Freud en Viena a partir de 1902, desde sus inicios es un grupo de pertenencia. Al proponerse como grupo aprender, practicar y difundir el psicoanálisis —el psicoanálisis de Freud, se entiende— Freud necesita tanto de su grupo de seguidores como el grupo necesita de él en cuanto a líder. Todos y cada uno pertenecen al grupo y el grupo les pertenece. A partir del momento en que se acercan a Freud miembros de otros grupos y éste los reconoce a título personal en cuanto que a tales, el grupo de Viena se siente traicionado por su líder y entra en competencia con el grupo advenedizo de Zürich que Freud les impone y se defiende institucionalizándose como grupo, trasladando el conflicto al nivel inter-grupal. De ser el grupo de los miércoles por la noche en casa del Profesor Freud —marcado por los parámetros de espacio y tiempo de la vida cotidiana, la nueva sociedad psicoanalítica de Viena definirá su identidad por criterios de política profesional a nivel nacional y racial que hasta entonces la endogamia del grupo había impedido que se pusiera de manifiesto. El hecho curioso es que en la medida que desaparece

el pequeño grupo de seguidores en Viena, surge un pequeño grupo de líderes —en el sentido de los filósofos de Platón— que serán los destinados a forjar y a regir los destinos del futuro movimiento psicoanalítico internacional, un grupo secreto que se denominará “el grupo de los siete anillos”. En este grupo se incluyen todos los “visitantes” de este período, que pasarían a ser “capo de grupo” en sus lugares de residencia.

6. A bordo del George Washington

A fines de diciembre de 1908, cuando por primera vez Freud recibe la invitación como conferenciante con ocasión del veinte aniversario de la Clark University no se da cuenta de la importancia que ello supone. Sin consultar a nadie la declina por no convenirle la fecha de la primera semana de julio. Le comenta a Jung que los americanos esperaban que sus conferencias dieran un poderoso ímpetu al desarrollo de las psicoterapias allí, pero que consideraba que a él le costaría suprimir un par de semanas de trabajo —unos miles de Kronen— y que no estaba dispuesto a pagar cinco veces lo que le ofrecían de gastos de viaje “para darles a los americanos un ímpetu”. Freud, por supuesto, no tenía idea ni de que Stanley Hall —discípulo de Wundt, Profesor de Psicología y fundador en Baltimore del primer laboratorio americano de psicología experimental— era el hombre más poderoso en Psicología en Estados Unidos, ni tampoco de que la Clark University sólo invitaba a sus celebraciones a conferenciantes que eran Premios Nobel o candidatos a ello. En esta capacidad había sido invitado nuestro Ramón y Cajal a las del décimo aniversario. Jung, quien aún ignoraba que él también estaba en vías de ser invitado y que gracias a las conexiones del profesor Adolf Meyer con el Burghölzli y por los alumnos americanos que a Zürich acudían estaba más enterado, congratula efusivamente a Freud y se lamenta de que las celebraciones sean a un tiempo tan inconveniente. Le dice: “Quizás pudiera Vd. arreglarlo para ir después del aniversario; incluso entonces sus conferencias podrían ser de interés a los americanos. Poco a poco su verdad se va filtrando en el público. De ser posible, Vd. debería hablar en América aún cuando sea sólo por el eco que esto levantaría en Europa, donde las cosas empiezan asimismo a moverse.”

Cuando en febrero de 1909 reiteran la invitación aclarándole que las fechas se han cambiado para finales de septiembre y ofreciéndole una más generosa bolsa de viaje, lo primero que hace es invitar a Ferenczi para que le acompañe. Se lo toman más bien como una visita turística que se proponen aprovechar para hacer un crucero por el Mediterráneo. Jung, en cambio, de nuevo se lo toma más en serio. Le felicita por sus triunfos en América y cuando a fines de junio, no se sabe cómo, a él también le invitan, la alegría de ambos raya en el entusiasmo. Dirá Freud: “Haber sido Vd. invitado a América es lo mejor que nos ha sucedido desde Salzburgo. Me da un enorme placer por las razones más egoístas, pero también, a buen seguro, porque muestra el prestigio que Vd. ha adquirido a tan temprana edad. Tales comienzos le llevarán a Vd. muy lejos, y una cierta medida de favores por parte de los hombres y el destino es bueno para uno que aspira a hacer grandes cosas [...] Pero, ¿qué decirles a estas gentes? He ido ponderando una idea que no le voy a esconder. Es esta: podemos pensar acerca de ello en nuestros largos paseos por la cubierta [...] La invitación es lo importante, ahora tenemos a la audiencia a merced nuestra con la obligación de aplaudir sea lo que sea que les llevemos. Lo más gratificante es que Vd. viaje también en el George Washington. Los dos nos portaremos muy bien con Ferenczi...”

Al igual como le sucedió a Cristóbal Colón al descubrir las Américas, que antes de haber llegado allí lo habían hecho ya los Vikingos. Para cuando Freud, Jung y Ferenczi arriban a los muelles de Brooklyn a bordo del George Washington, hacía ya años dos suizos venían utilizando los descubrimientos de Freud en los hospitales psiquiátricos en el Estado de Nueva York: Adolf Meyer y Auguste Hoch. Meyer, coetáneo de Bleuler y discípulo como éste de Forel, había emigrado a América en 1896. Había estado primero en Kankakee (Illinois) y desde allí pasó al Worcester

State Hospital como director de Psiquiatría. En 1902 la Lunacy Commission del Estado de Nueva York, a instancias del Dr. Peterson, su presidente, había establecido en Wards Island el Instituto Psicopatológico (luego denominado Psiquiátrico) para la investigación en psiquiatría con el propósito específico de “ayudar a los hospitales estatales a asumir exitosamente su más importante función, esto es el estudio y tratamiento de los pacientes que se les confía”. Como primer director médico de aquel centro se nombró a Adolf Meyer. Auguste Hoch, también suizo de nacimiento pero formado ya en Estados Unidos, había pasado varios años en el McLean Hospital en Massachusetts (1897-1907), una clínica privada donde frecuentemente se utilizaba el psicoanálisis en el estudio de los pacientes. Por su trabajo en estas líneas sería que el Bloomingdale Hospital de White Plains (New York) le contrataría como especialista y que le elegirían como director del Instituto Psiquiátrico de Wards Island en 1910 al trasladarse Meyer a su vez como director a la Phipps Clinic y catedrático de la Johns Hopkins University en Baltimore. No es de extrañar pues que Oberndorf, quien estuvo como residente en el Wards Island en 1909, afirme en su *“History of Psychoanalysis in America”* (1954) que si bien el psicoanálisis en Estados Unidos tiene su cuna en Viena, la llave de su implantación está por Zürich.

De la atmósfera que reinaba en el Wards Island, parecida a la que hemos descrito en Zürich, nos da idea la siguiente anécdota contada por el mismo Oberndorf, a quien, cuando llevaba allí un par de días, otro de los jóvenes residentes se le acercó y le musitó en voz baja: “¿Has traído contigo tus zapatos de suela de goma?” Ante su sorpresa insistió: “¿Te has traído por lo menos unas zapatillas?” Finalmente, le aclaró: “Para acercarte sigilosamente y cazar estos complejos ocultos por sorpresa”. Oberndorf —quien se rió a la ligera confesando que ni en Berlín, Munich o París había oído hablar de términos tales como Edipo, Electra o complejo de inferioridad— comenta: “En aquel tiempo en las dos clínicas alemanas de más prestigio —Berlín y Munich— lingüísticamente idénticas y geográficamente al lado de Austria, habían ignorado olímpicamente el trabajo de Freud, mientras que en Wards Island la psicología dinámica del psicoanálisis era utilizada día a día para clarificar los síndromes psiquiátricos de sus pacientes internados. El crédito por esta actitud era debido mayormente a Adolf Meyer y a Auguste Hoch.”

El Manhattan State Hospital de Wards Island fue el primero en utilizar regularmente a partir de 1908 el psicoanálisis en el estudio y tratamiento de enfermos psiquiátricos. Allí Meyer y Hoch, psiquiatras liberales, utilizaban la psiquiatría descriptiva y la nomenclatura de Kraepelin. Sin embargo, habían mantenido asociaciones profesionales estrechas con la Clínica de Zürich —la entonces Meca universal de la Psiquiatría— y no aceptaban acriticamente las formulaciones de Kraepelin. Meyer había descubierto que muchos de los síntomas manifestados por los así llamados “pacientes funcionales” no acababan de encajar con los grupos de trastornos mentales no orgánicos —*demencia praecox* y locura maníaco-depresiva. Contrariamente a Kraepelin que desaconsejaba de tener en cuenta los factores ambientales y culturales en estas condiciones, Meyer insistía que una investigación completa de “todos los factores en la historia de la vida del paciente tenían que ser cuidadosamente recogidos”. Lo que Meyer estaba buscando era una correlación entre la riqueza de datos obtenida con el significado del cuadro clínico que presentaba el paciente. Hechos sin teoría así como teoría sin hechos para él no eran suficientes. De ahí que las nuevas teorías de Freud apoyadas por hechos, que si uno había estado entrenado y estaba suficientemente atento para observarlos, proporcionaban nuevas claves para entender el comportamiento humano. Meyer entendía la teoría psicoanalítica si bien nunca fue capaz de reconciliarse con algunos de sus principios, especialmente el de la sexualidad perversa y los traumas infantiles en el desarrollo de las neurosis. Aunque nunca aceptara al completo a Freud tampoco lo rechazaba. Daba crédito al psicoanálisis por ofrecer una nueva luz con que enfocar los síndromes psicóticos. Meyer nunca utilizó el psicoanálisis como técnica terapéutica. Exigía, sin embargo, de sus discípulos en el Wards Island de familiarizarse con este enfoque dinámico como una técnica auxiliar en la interpretación y el diagnóstico. Con el mismo propósito se utilizaba el laboratorio de psicología experimental en el Wards Island. A este ambiente llega Trigant Burrow, médico y con un doctorado en psicología recién estrenado en el

verano de 1909 y será del que parta para Zürich al llegar el otoño en seguimiento de Jung para aprender psicoanálisis.

Hay aún otro detalle importante que nos cuenta Oberndorf respecto a la situación de la psiquiatría americana en aquellos tiempos y que tiene que ver con la acogida del psicoanálisis en Estados Unidos y que seguramente a los ilustres visitantes europeos les pasó desapercibido. Debido a la caótica situación de las “escuelas de propiedad privada” en medicina, donde de manera totalmente incontrolada cualquiera podía conseguir un título con tal de pagar la matrícula —a veces sin siquiera necesidad de haber asistido a una clase o visto a un enfermo, la Carnegie Foundation for the Advancement of Teaching había confiado en 1908 a Abraham Flexner un estudio de este problema. El Informe sobre la enseñanza en las escuelas de medicina que éste rendiría en 1910 fue revolucionario para el futuro desarrollo de la medicina americana. No tan sólo llevó a la introducción de ciencias básicas y técnicas de laboratorio en el currículum médico sino asimismo llevó, por una parte, a concebir la clínica bajo los supuestos del método de laboratorio científico y, por otra, a instaurar el internado obligatorio en medicina general y las residencias en la especialización. Este solo factor quizás explique a la vez la exigencia de los americanos en reservar la práctica del psicoanálisis a los médicos y que la enseñanza del psicoanálisis en América se viera asimilada a la medicina oficial y la psiquiatría académica. A este suelo venían a sembrar su semilla Jung, Freud y Ferenczi.

Finalmente, hay otro punto que quizás nos ayude a aclarar el misterio de la ubicación del grupo de Viena dentro del período de “*splendid isolation*”. De donde se sentía Freud excluido en Viena, era de la Medicina académica. Ni su nombramiento de *Privat Dozent* ni el de Profesor Asociado le habían servido para ganarse un puesto en la Facultad de Medicina de la Universidad de Viena. La de Zürich y la de Worcester le dieron el reconocimiento que su grupo vienés privado, privado él mismo de reconocimiento académico, no podía darle. Pero hay otro detalle, mientras la orientación de la Psiquiatría académica europea en general se caracteriza por sus afanes nosológicos y la base neurológica de los trastornos mentales, la suiza se basa en una concepción dinámica y de base social que se remonta a una tradición de higiene mental y asistencia humana al enfermo que va más allá del propio August Forel y que será la orientación dominante a importar a las Américas por Adolf Meyer. Este aspecto, veremos, fue de importancia capital en la generación del método grupal de análisis.